BV 4217
.T7
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS.

[SMITHSONIAN DEPOSIT.]

Chap. BV4217

Shelf .T7.

UNITED STATES OF AMERICA

TRATADO

DE

ORATORIA SAGRADA,

escrito

Con arreglo á las doctrinas de los maestros mas autorizados, y de acuerdo con la sociedad directora de El Púlpito Español.

POR EL DOCTOR F.,

ANTIGUO PROFESOR DE CIENCIAS ECLESIÁSTICAS.

MADRID: 1846.

IMPRENTA DE D. JOSÉ C. DE LA PEÑA, EDITOR.

Calle de Atocha, núm. 100.

BV4217
.T7

Esta obra es propiedad del EDITOR *y denunciará ante la ley al que la imprima sin su consentimiento.*

THE L
OF CO
WASHING

PRÓLOGO.

No ofrecemos al público este ensayo con la presuncion de haber hecho una obra absolutamente original. Con frecuencia se anuncian escritos que llevan este nombre; mas por maravilla se ve realizado en las producciones que nos inundan. Sin apelar al tan canonizado proverbio *nada hay nuevo bajo el Sol*, nos asisten razones harto fundadas para esperar que no ceda en demérito de nuestro libro la fran-

ca manifestacion que desde luego emitimos, de haberle estractado en gran parte de las obras mas apreciables que sobre la oratoria del púlpito se han impreso en los tiempos modernos.

La notable sentencia en que el insigne Melchor Cano proclamaba que lo nuevo dista poco de lo falso en materia de ciencias eclesiásticas, nos ha parecido adaptable de lleno en un ramo que sin duda cae bajo el dominio de las mismas. Nos ha parecido ademas que nada puede ser atinado en la enseñanza de la predicacion, si mas ó menos discrepa de los principios y del sistema bajo los cuales ejercieron este ministerio sublime el divino Fundador del cristianismo, sus Apóstoles, y los directores de la santa sociedad á que por dicha nuestra pertenecemos, allá en los siglos que tan

propiamente se llaman de *caridad* y de *luz*.

Hemos buscado, pues, en cuanto ha sido posible, los fundamentos de nuestras teorías en las sagradas páginas, en las obras de los Padres, y en los autores que con mas conformidad á los unos y á las otras han espuesto las reglas capitales de la oratoria sagrada.

A la par de estos cánones augustos, que hemos considerado como un deber indeclinable trasladar fielmente á nuestros lectores, ocurren puntos opinables, en cuya razon andan discordes aun los autores mas sinceramente católicos: asi que respecto de ellos hemos abundado en nuestro sentido; sujetando empero humildemente nuestros dictámenes acerca de los mismos, al juicio de los hombres ilustrados y sensatos á cuyas manos llegue esta obrita.

Los que la recorran, percibirán desde luego, y antes lo habrá indicado su pequeño volúmen, que no ha sido nuestro propósito formar un tratado magistral de oratoria eclesiástica; sino llamar eficazmente la atencion de los que se dediquen al ministerio evangélico, hácia los estudios mas importantes con que deben prepararse para su desempeño cumplido, en cuanto está al alcance de las fuerzas del hombre; y dirigirlos en este trabajo con algunos consejos. Si con nuestras indicaciones contribuyéremos algun tanto á conducir por el buen camino á los que á tan alta profesion se consagran, nos felicitaremos muy en el alma de haber aplicado á este noble objeto los escasos recursos de nuestro ingenio y nuestra limitada instruccion.

ADVERTENCIA.

En la página 60 dice CAPITULO 4.º; léase CAPITULO 5.º

En la 69 dice CAPITULO 5.º; léase CAPITULO 6.º

En la 76 dice CAPILULO 6.º; léase CAPITULO 7.º

CAPITULO 1.°

Segun un escritor moderno, se percibe la elocuencia donde quiera que se hallan vestigios de una emocion profunda, donde quiera que se han producido algunos de los grandes efectos que arrebatan el ánimo, que hieren vivamente los sentidos, que nos llenan de admiracion, que subyugan la voluntad ó cautivan el convencimiento. De ello se infiere que la elocuencia no está precisamente vinculada

á la palabra. La elocuencia encuéntrase en todo lo que es sublime; en unas ruinas que recuerdan haber existido en el punto donde se hallan, una ciudad insigne que fue el asombro de otros siglos: en la tumba de un personaje que simboliza tal vez la historia de toda una época. La elocuencia puede existir en una espresion á medias y acaso en el silencio: puede mostrarse en el gesto, en una mirada, en la actitud esterior de un hombre; siendo como es comun que se nos citen la elocuencia de los ojos, la elocuencia del gesto, la poderosa elocuencia de las lágrimas.

No obstante, como quiera que la elocuencia es, hablando en general, efecto de la palabra, la cual es la espresion animada de la intelijencia, conveniente será que para definir aquella con precision, nos limitemos á considerarla en lo que depende del lenguaje.

Asi que, la elocuencia es la facultad de obrar sobre los entendimientos, los corazones y las voluntades por medio de la palabra. En lo que concierne á los entendimientos, es el talento de instruir; en cuanto á los corazones

y á las voluntades, el de mover aquellos y triunfar de estas; produciendo el conjunto de las cualidades indicadas, en el orador, el talento de persuadir llevado á su mas alto punto.

Lo que acabamos de esponer condúcenos á distinguir la elocuencia de la retórica. Ambas se diferencian entre sí como la práctica de la teoría. La elocuencia, como talento de persuadir, viene á ser un don de la naturaleza; la retórica, arte que guia este talento, es fruto del estudio: la una traza el método y la otra le sigue: la una indica los medios y la otra los aplica: por último, la retórica abraza lo posible y la elocuencia representa lo actual.

Fijos en las mismas ideas, desde luego distinguiremos á los hombres elocuentes de los hombres de buen decir, por los antiguos llamados *disserti*. Pertenecerá á esta última clase el que tenga un estilo fácil, claro, limpio y elegante; pero solo llamaremos *elocuente* á aquel cuyos discursos sean vivos y animados, persuadan y arrastren; cuyos discursos eleven el alma, la muevan y la cautiven.

Ysócrates es de los primeros; Demóstenes es elocuente en toda la estension de la palabra.

Fue comun entre los antiguos maestros de elocuencia dividir las oraciones ó discursos en tres géneros: *demostrativo, deliberativo* y *judicial*. Llamaban discursos del género demostrativo los que tenian por objeto la alabanza ó el vituperio: y en esta categoría colocaban los panegíricos, las oraciones gratulatorias y los elogios fúnebres. Comprendian en la segunda especie las arengas encaminadas á aconsejar ó á disuadir; á saber, las que sobre asuntos de público interés se pronunciaban en el senado ó en las asambleas populares. Denominaban judiciales los discursos dirigidos á acusar ó á defender en juicio; y referian á este género la elocuencia de los tribunales ó del foro. Haciéndose cargo de esta tan canonizada division un literato distinguido de los últimos tiempos, ha notado con muchísima oportunidad que solo los géneros deliberativo y judicial merecian propiamente ser citados como géneros de elocuencia. En nuestra opinion es harto fundado este juicio, por-

que un discurso que solo se redujese á aplaudir ó á censurar, apenas operaria una victoria sobre el entendimiento y la voluntad; victoria que, segun la doctrina que acabamos de establecer, entra esencialmente en la idea de la elocuencia. Esto es tan exacto, que no podriamos imaginarnos, sin agraviar la memoria de los antiguos sabios que inventaron y sostuvieron aquella division, que al adoptarla considerasen tan aislados entre sí los tres géneros de elocuencia, que no autorizasen su combinacion, y aun la creyesen indispensable en la mayor parte de los casos. Porque, como advierte, entre otros, el célebre crítico Mr. Leclerc, ¿qué son casi todos los elogios y panegíricos, sino exhortaciones á la virtud? Ved ahí el género deliberativo combinado con el demostrativo. Delibérase sobre la eleccion de un general, y el elogio de Pompeyo atrae en su favor los sufragios: he aqui unido el género demostrativo con el deliberativo. Pruébase que Archias debe ser contado en el número de los ciudadanos romanos: ¿y por qué? porque es un genio que hará honor al imperio:

Ved ahí mezclado el género demostrativo con el judicial. La razon, pues, está de acuerdo con los ejemplos mas clásicos en apoyo de la combinacion de los tres géneros de elocuencia, y para esplicar el sentido en que establecieron esta division sus respetables autores.

Ahora bien: ¿será aplicable al presente estado de cosas la division de que se trata? Escusamos detenernos á probar la afirmativa, porque es evidente. Los discursos forenses pertenecen de lleno al género judicial: los que hoy se llaman parlamentarios, se refieren al deliberativo. En cuanto á las oraciones sagradas, género de elocuencia creado despues de la division que nos ocupa, podemos asegurar que participan en sus diversas especies de la naturaleza de los géneros demostrativo y deliberativo. Porque ¿qué es en su parte principal un panegírico ó un elogio fúnebre, sino un discurso del género demostrativo? ¿qué es un sermon moral, sino una especie de oracion deliberativa?

Eso no obstante, no podremos desconocer que la elocuencia sagrada ó del púlpito,

asunto del presente tratado, tiene sus reglas peculiares, como que pertenece á una categoría mas noble, como que su objeto es celestial, á saber, la palabra del mismo Dios. Con todo, supuesto que la predicacion ha de dirigirse á hombres carnales, esclavos de los sentidos, y apegados, digámoslo asi, á la corteza de las cosas, no deberá juzgarse que este ministerio sublime ha de ejercerse sin estudio, despreciando todo aliño y ornato retórico; preocupacion en que tal vez han abundado algunos eclesiásticos, que han creido deber fiarlo todo en este punto á la gracia del mismo Señor en cuyo nombre hablaban al pueblo, y abandonarse completamente en sus sermones al azar de una improvisacion no meditada.

El ilustre autor del Telémaco se ha hecho cargo de esta preocupacion, y la desvanece con su acostumbrada maestría en sus « diálogos sobre la elocuencia », libro de oro que en muchas ocasiones nos servirá de guia para la esposicion de nuestras ideas en el presente tratado. La autoridad del docto arzobispo de

Cambray es muy á propósito para combatir el pensamiento de semejantes predicadores; pensamiento sugerido tal vez por escrúpulos de que no debieran dejarse llevar. Dice, pues, asi Fenelon en el tercero de los diálogos referidos: « No hay duda en que el ministerio de la palabra se funda totalmente sobre la fé. El predicador debe orar, purificar su conciencia, esperarlo todo del Cielo, armarse de la espada de la palabra divina y no contar con la propia: esta es su preparacion esencial. Pero por mas que el fruto interior del Evangelio se deba solamente á la gracia y á la eficacia de la palabra de Dios, no por eso el hombre ha de dejar de poner alguna cosa de su parte.... Todo lo debemos á Dios; pero Dios nós ha sometido á un órden esterior de medios humanos. Los Apóstoles prescindieron de la vana pompa y de las frívolas gracias de los oradores paganos; prescindieron de los discursos sutiles de los filósofos, que todo lo hacian depender de esta especie de razonamientos en que se evaporaban segun la espresion de San Pablo; contentáronse con predí-

car á Jesucristo con toda la energia y magnificencia de la Sagrada Escritura. No necesitaban en verdad de prevencion alguna para ejercer este ministerio, porque el Espíritu Santo, que visiblemente habia descendido sobre ellos, les suministraba en el momento las espresiones oportunas. Existe, pues, entre los Apóstoles y sus sucesores la diferencia de que, no siendo estos inspirados milagrosamente cual lo eran los primeros, les es forzoso prevenirse, y penetrarse de la doctrina y del espíritu de las Escrituras, para formar sus discursos. Pero esta prevencion no debe dirigirse á hablar con menos sencillez que los Apóstoles.... La idea de que la elocuencia es un arte absolutamente profano, tiénenla dos clases de personas: los que se precian falsamente de oradores...; y muchos hombres de buena fé, que carecen de la suficiente instruccion, y que renunciando por humildad á la elocuencia, como si no fuese otra cosa que el fausto en el decir, aspiran no obstante á la elocuencia verdadera, una vez que ponen todo su ahinco en persuadir y en mover».

Quede, pues, consignado que el predicador necesita prepararse para este elevado ejercicio con el estudio y las reglas; pero á la vez no se pierda de vista que este estudio y estas reglas no deben ser los mismos absolutamente que los que han de servir al desempeño de los oradores profanos, cuya elocuencia se nutre de los pensamientos ingeniosos, de las espresiones brillantes y de las imágenes vivas, como dice un escritor nacional, y se ordena á lisongear el gusto, á ganar la atencion y benevolencia del auditorio; cuando la elocuencia sagrada consiste en una sencillez natural, grave y magestuosa, tiende á penetrar el corazon, á humillar la soberbia y abatir la curiosidad; y depende de la elevacion de los misterios ponderados por hombres encendidos en ardiente caridad. De aqui es que, si bien la elocuencia profana escita á veces las pasiones fuertes y agita el corazon desordenadamente, la elocuencia sagrada, como decia el desgraciado Lamennais, « nunca provoca las pasiones violentas y envidiosas, que tienen su asiento en las regiones menos nobles del alma ».

Reseñado de esta manera el carácter de la elocuencia propia de aquellos que, á imitacion de los Apóstoles, cumplen la mision de embajadores de Jesucristo y por cuya boca habla Dios, segun la frase de San Pablo, detengámonos por un instante, antes de principiar á esponer las reglas de la oratoria del púlpito, á reflexionar sobre las ventajas y los inconvenientes anexos á esta distinguidísima profesion.

Con la seguridad de no ser por persona alguna interrumpido, y de no verse precisado á entrar en debates con los asistentes á sus sermones, el orador cristiano goza de la ventaja de no hallarse comprometido á hablar de repente, y de poder por consecuencia preparar con el mayor detenimiento sus discursos. El numeroso auditorio que en lo comun rodea á los predicadores, es, por otra parte, de una eficacia especial para animar á estos, y escitarlos y hasta cierto punto inspirarlos para decir cosas grandes. Los conceptos maravillosos de los Profetas, los magníficos discursos en que los Apóstoles rendian testimonio á la

divinidad del hijo del Eterno que se los dictaba, las espresiones mismas en que Jesus anunció á los hombres la ley de gracia, ¿quién puede ponderar de un modo digno el mérito de estos pasages, de un órden sobrehumano, que prestan á la elocuencia sagrada recursos inagotables, é inmensamente superiores á los mas esquisitos de la elocuencia profana?

En cuanto á los inconvenientes con que tiene que luchar el orador evangélico, los podemos reducir á dos principales. Es uno de ellos la circunstancia de ser conocidas de la generalidad del pueblo fiel las materias sobre que han de versar sus oraciones, acerca de las cuales ha oido hablar con mucha repeticion; y de aqui la suma dificultad de interesar vivamente á los que le oyen, no pudiendo dar novedad á sus discursos á no ser en el modo de tratar asuntos tan trillados. Otra de las dificultades que nos ocupan, procede de la sublimidad misma de estos asuntos, á la cual es sumamente dificil acercarse al desenvolverlos ante el pueblo cristiano: porque ¿cuántos hay que sean capaces de hablar de lo su-

blime con sublimidad, como se dijo de Longino?

Concluyamos de aqui que es preciso prepararse para el ejercicio de la predicacion con un estudio profundo, é invocando con fervor los auxilios del Cielo. Cuál deba ser el estudio principal del orador evangélico, lo manifestaremos en adelante. Ante todas cosas espongamos cuáles son sus principales atenciones: asi esplanaremos algunas de las especies insinuadas en este capítulo.

CAPITULO 2.°

El docto Rollin, en su escelente tratado de Estudios, lib. 4. cap. 2, hace mérito de un testo en que San Agustin recomienda á los predicadores que hablen con sabiduría y con elocuencia. De aqui deduce el apreciable profesor francés, que el orador evangélico no solo debe poner gran cuidado en el fondo de

sus discursos, sino tambien en la forma que les dé. Asi que pregunta primeramente de qué manera debe hablar el predicador, y en seguida qué fondo de ciencia le es preciso para desempeñar su mision. Siguiendo nosotros un órden análogo, nos proponemos desenvolver en este capítulo la primera de aquellas cuestiones, reservando la otra para los próximos siguientes, y tomando en ambas por guia en gran parte á tan autorizado maestro.

¿De qué manera debe hablar el orador sagrado? A esta pregunta respondemos con Mr. Rollin, que los deberes del orador evangélico son tres: 1.° instruir, y para ello espresarse con claridad: 2.° agradar, y al efecto hablar con cierto ornato y aliño: 3.° mover é interesar á los que le escuchan, con la eficacia de sus razonamientos. Tratemos con separacion de cada uno de estos deberes.

No puede desconocerse que, siendo el objeto del predicador la instruccion del pueblo cristiano, debe esta igualmente, ó acaso con mayor motivo, á las clases ignorantes y pobres, que á las ilustradas y ricas; y que por una

consecuencia muy natural, está en el caso de hacerse inteligible á todos, procurando con preferencia la claridad en sus discursos. Todo ha de contribuir á este objeto: el órden, los pensamientos, la espresion, y hasta la pronunciacion.

Muy mal gusto acreditan tener aquellos oradores que pretenden ostentar un gran talento cuando cuesta trabajo entender lo que dicen. No saben que es malo un discurso cuando necesita de intérprete, segun la observacion de Quintiliano. La suma perfeccion del estilo de un predicador mostraríase cuando, lleno de gracia para los hombres entendidos y de claridad para los ignorantes, agradase igualmente á los unos que á los otros, abundando en la difícil facilidad que recomendaba uno de los mejores poetas castellanos. Mas suponiendo que no se puedan reunir una y otra ventaja, cosa á la verdad no muy hacedera, deberá seguirse el consejo de San Agustin, quien recomienda que se sacrifique la primera á la segunda, y que se mengüe el ornato, y hasta la pureza del lenguage cuan-

to sea preciso para hacerse entender; dado que hablamos con este fin mas bien que con otro alguno. Pero cuenta con que esta especie de negligencia, que no deja de probar talento y artificio, como lo observa el mismo santo, conforme con Ciceron, y que es un testimonio de que se atiende al fondo de las cosas antes que á las palabras, no debe llevarse al estremo de formar un discurso bajo y vulgar; y únicamente ha de tener por objeto hacerse el orador mas claro é inteligible.

Apoyando esta doctrina, aduce Rollin el ejemplo del citado San Agustin, que al principio escribió contra los maniqueos en un estilo culto y sublime, lo cual dió lugar á que no le entendiesen sino las personas ilustradas. Hízosele presente la conveniencia de usar en sus obras un estilo mas sencillo y familiar, y que por este medio estarian al alcance del comun de las gentes, y su fruto seria mas abundante. San Agustin acogió con la humildad que le era característica, esta advertencia dictada con el mejor espíritu; y á ella se atuvo en los libros que posteriormente escribió con-

tra los hereges, y en las exortaciones dirigidas al pueblo.

Esta es la ocasion de consignar una regla que el mismo Santo Padre dá á los predicadores para que puedan evitar la oscuridad en sus discursos. Para este fin, y como quiera que los oyentes no tienen, segun lo hemos hecho notar, la libertad de interrumpir al orador sagrado cuando no le entienden, San Agustin previene que este observe en los ojos y en la actitud de los que le escuchan, si comprenden ó no lo que les dice, y que en caso necesario, reproduzca las mismas especies dándolas diferentes jiros, hasta que se asegure de haberlas puesto al alcance del concurso ante el cual habla: ventaja, añade el santo doctor, de que no pueden valerse los que recitan de memoria y á la letra sermones preparados en todos sus pormenores. Pero acerca de esto último hablaremos con mas latitud en mejor ocasion.

Volviendo, pues, á nuestro asunto principal, advertiremos que la oscuridad proviene muy comunmente del prurito de ser breve, como

lo afirmaba Horacio en su célebre epístola á los Pisones. Un estilo conciso como el de Salustio, decia nuestro Quintiliano, cabe que esté al alcance del que teniendo en la mano un libro, puede consultarle una y otra vez para descifrar las espresiones menos claras; pero obsta grandemente á la intelijencia de los que solo han de oirlas por una vez. Asi que los discursos de los oradores sagrados deben ser tan claros que sin un esfuerzo particular de la atencion se entiendan; tan claros como el sol, que hiere los ojos aun á nuestro pesar; tan claros que no solo sea posible entenderlos, sino que ademas sea imposible lo contrario.

Hemos dicho que el segundo deber del predicador es agradar, y que al efecto debe espresarse con cierto ornato y aliño. Este precepto ha de entenderse conforme al pensamiento de San Agustin. El gran Santo recomienda principalmente la claridad; pero esta circunstancia no es la única á que ha de atenderse en la predicacion. La verdad ha de mostrarse desdeñosa hácia el ornato que ella so-

la tiene derecho de emplear; la elocuencia humana debe servir á la palabra de Dios, y esta no ha de ser esclavizada por la primera. Dificil es interesar al corazon cuando no se obra sobre el entendimiento: de aqui la necesidad de agradar. Muy laudable es que se busque en las palabras la esencia de ellas, la verdad que encierran, no las palabras mismas; pero por este método á pocos se lograria persuadir: es, pues, forzoso usar de la palabra con ornato, asi como es preciso apelar al condimento para que sean agradables las comidas, teniendo en cuenta la delicadeza de los hombres y su gusto asi en el uno como en el otro caso.

De aqui es que los Padres de la Iglesia, y aun los escritores del Viejo Testamento, han aplicado á los objetos mas santos la erudicion profana en que abundaban generalmente. El mismo San Agustin, cuya doctrina estamos esponiendo, ofrécenos un ejemplar muy autorizado de la importancia de los estudios á que hacemos referencia, cuando el venerable obispo Ambrosio logró interesar su atencion con la elocuencia profana que reu-

nia á un saber de naturaleza superior. «Yo no atendia, dice San Agustin en sus *Confesiones*, á aprender lo que enseñaba; oíale para observar su manera de decir. Mas las palabras de mi agrado espresaban cosas que miraba con abandono; yo no podia separar estas de aquellas; y al abrir mi corazon para apoderarme de sus brillantes discursos, entraba con ellos la verdad que era su esencia.» San Agustin logró en su predicacion muchos triunfos parecidos por medios semejantes: era aplaudido, y despreciaba los aplausos; apetecia únicamente los resultados que en pos de ellos podian venir, cual su conversion sucediera á los aplausos que él mismo habia prodigadó á la habilidad oratoria del santo prelado de Milan.

Pero el deber que nos ocupa, ha de entenderse con ciertas precauciones que se han indicado en un testo de Fenelon aducido en el capítulo 1.º; precauciones que vamos á esponer de un modo mas preciso, porque importa mucho que se tengan en cuenta.

Muy reprobable es en un orador cris-

tiano atender mas bien á agradar á sus oyentes que á instruirles, ocuparse de las palabras con preferencia á las cosas, y contar mas de lo que esta en el orden con su trabajo y preparacion, enervar la fuerza de las verdades evangélicas por una pueril afectacion de pensamientos brillantes, y desfigurar la palabra de Dios entre frívolos atavios. San Gerónimo y San Ambrosio, aunque muy aficionados á la elocuencia y á las gracias del discurso, se pronuncian de un modo enérgico contra el defecto que acabamos de indicar. El mismo Dios nos manifiesta por Ezequiel hasta qué punto detestaba la disposicion de los Israelitas cautivos en Babilonia, que lejos de aprovecharse de las predicciones que en su nombre les hacía el Profeta, y de concebir en su virtud un saludable terror, iban á oirle únicamente por pasatiempo, como se va á un concierto de música. ¡Cuán severos cargos hubiera dirigido el Señor á su Profeta, si por su culpa hubiese dado lugar á tan indigno abuso, cuidando solamente de halagar el oido de su auditorio con una armonía agra-

dable y un vano sonido de palabras! He aqui una sencilla pintura de esa clase de sermones, de los cuales únicamente nos queda el estéril recuerdo del placer con que los hemos escuchado.

A la par es digno de censura el estremo opuesto, harto mas comun que el que acabamos de notar, y de consecuencias infinitamente mas perniciosas: tal es, el de mirar con desden el talento de la palabra; de no respetar como se debe al auditorio, presentándose ante él sin la menor preparacion, vertiendo el orador lo que en el momento le ocurre, tal vez sin órden, sin eleccion ni exactitud; y de inspirar al pueblo, con esta afectada negligencia, disgusto y acaso desprecio hácia la palabra de Dios, tan digna por sí de atraerse la estima y la veneracion de los hombres, y que debiera ser su mas sólida gloria y su mas dulce consuelo.

El fin que se propone todo predicador cuando habla á los fieles, es persuadirles para que se inclinen á la virtud y se desvien del vicio; pero no todos emplean los mismos me-

dios para llegar á este fin, ni se aplican á hablar de una manera á propósito para persuadir. En esto se diferencian los buenos predicadores de los predicadores malos. Los unos se esplican de un modo tosco, desagradable y frio; los otros lo hacen de un modo injenioso agradable y vehemente.

La salud y la fé de la mayor parte de los cristianos están vinculadas á la palabra: mas esta palabra debe manejarse con arte y habilmente, para que penetre en los corazones. El ornato del discurso es uno de los medios que conducen á producir tal efecto: y la razon es muy obvia. Es preciso que el oyente no solo entienda lo que se le dice, sino que tambien lo escuche de buen grado. Y ¿cómo ha de escuchar de buen grado al que no le atrae y gana con el aliciente del placer? El ornato no se opone á la sencillez del discurso: porque no se trata de una sencillez ruda y grosera que repugne y fastidie, habiendo como hay un término medio entre un estilo muy esmerado, florido y brillante, y un estilo bajo, vulgar y enteramente desaliñado. Este térmi-

no medio señala la elocuencia que al predicador conviene, segun la doctrinn de San Agustin.

« Harto mas instruidos estarian los fieles, dice á este propósito Mr. Rollin, si asistiesen puntualmente en sus parroquias á las esplicaciones del Evangelio, deber que los obliga mas estrechamente de lo que se piensa; y si estas esplicaciones se hiciesen como conviene y como es un deber esencial de los pastores el desempeñarlas. ¡Qué dolor, qué pena para los que tienen una regular idea de la importancia de este ministerio; ver la mayor parte de las veces desiertas ó muy poco concurridas las parroquias, y tener acaso que reconocer que el modo de decir frio, desmayado, desagradable y redundante del párroco, es lo que causa y retrae á los oyentes! En ello faltan á la mas imperiosa obligacion de su estado: burlan las esperanzas de los pueblos que concurren con avidez á satisfacer sus necesidades espirituales, y tienen que volverse en ayunas: envilecen la palabra de Dios atendido el desaliño con que la anuncian, haciéndola mirar

con desprecio y disgusto, y deshonran á la Magestad divina, en cuyo nombre hablan y de la cual son embajadores; sin considerar que el enviado de un príncipe que se condujese de un modo semejante, seria justamente mirado como un prevaricador por el que le hubiese confiado sus poderes.»

No se diga que las ocupaciones que en lo general rodean á los párrocos dedicados con ahinco al cumplimiento de sus deberes, no permiten el tiempo suficiente para preparar sus sermones en los términos indicados: porque no se les exijen piezas de elocuencia trabajadas con grande esmero y limadas hasta la perfeccion. El párroco que reuna á un regular talento el estudio y la lectura que se suponen en hombres dignos de ejercer este cargo, y un grande celo por la salvacion de los fieles, jamás dejará de predicar con buen éxito y aceptacion, si ordena sus discursos, si se propone verter doctrinas sólidas y especies propias para mover al auditorio, si apoya sus asertos con autoridades de la Sagrada Escritura, y si cuida de no prolongar demasiado sus sermo-

nes para no cansar á los que le escuchen. Tal preparacion no exije mucho tiempo; ella es, por otro lado, un deber indispensable, segun lo que va espuesto; segun lo que nos han enseñado los Apóstoles, y particularmente San Pablo cuando, en su primera Epístola á los Corintios decia que «Jesucristo no le habia enviado á bautizar, sino á predicar el Evangelio», y segun nos lo acreditan los preceptos y ejemplos de todos los grandes santos que han honrado el cristianismo con sus sabias y elocuentes predicaciones: entre los cuales merecen citarse San Gregorio Nacianceno, San Ambrosio, San Agustin y San Juan Crisóstomo.

El tercero de los deberes que á un predicador incumben, es, como queda insinuado, mover á los que le oyen, mediante la eficacia de sus exortaciones. Por mas apreciable que sea un discurso que á una grande claridad reune la gracia y la elocuencia, preciso es confesar, dice el célebre prefesor francés últimamente citado, que lo que produce los notables y asombrosos efectos de la elocuencia no

es el género sencillo y mediano, ni el género templado y florido, sino lo sublime y lo patetico. Con el auxilio de los dos primeros el orador puede llegar á instruir y agradar: y con estos dos efectos puede contentarse tratándose de verdades especulativas que solo reclaman el asentimiento del auditorio, y que no tanto se dirigen al corazon cuanto al entendimiento, si por ventura se conocen en la Religion verdades de esta especie. Pero no es lo mismo cuando se proponen verdades practicables y que deben ser puestas en ejecucion. ¿De qué serviría que el oyente se convenciese de lo que se le dice y aplaudiese la elocuencia del que le habla, sino llegase hasta el punto de amar, abrazar y practicar las máximas que se le predican? Si el orador no alcanza á este tercer grado, cuente con que se ha quedado en el camino. Solo debe pensar en instruir y en agradar con el objeto de mover: he aqui en qué consiste el completo triunfo de la elocuencia, como se indicó al principio de este tratado, y cual lo proclamaba San Agustin conforme con Ciceron. Todo discurso que de-

je al que le oye tranquilo, que no le mueva y agite, que no llegue á turbarle y abatirle. y á vencer su tenaz resistencia, por mas bello que parezca, no será elocuente hablando con propiedad. Es innegable que la gracia omnipotente de Jesucristo es la única fuerza capaz de mover en tales términos los corazones. produciendo en ellos tan asombrosas mudanzas, segun un testo de Fenelon que insertábamos en otro lugar. Pero no por eso es menos cierto que, asi como no se dejan de emplear los remedios naturales prescritos por la medicina, aunque se sepa que su efecto depende únicamente de Dios, que ha querido vincular á ellos la curacion ordinaria de las enfermedades, pero sin obligarse á operarla en su virtud; de la misma suerte el orador cristiano. puede y debe poner en planta todos los medios y auxilios que le presta la retórica, mas sin colocar en ellos su confianza, y en la firme creencia de que en vano hablará á los oidos si Dios no habla á los corazones.

CAPITULO 3.º

Despues de haber tratado de los deberes del orador evangélico, oportuno será hacernos cargo de las cualidades que deben exigírsele. Tres especies de cualidades se distinguen en el orador generalmente hablando: las unas físicas ó esteriores, morales las otras, y las últimas intelectuales.

Acerca de las cualidades físicas, nos contentaremos con estractar lo que sobre la materia ha consignado en el siglo inmediato un docto maestro de oratoria. «Las facultades físicas, decia, consisten en una constitucion propia para el trabajo del gabinete y para el ejercicio de la declamacion oratoria, y que no tanto depende de la fuerza del cuerpo como de la actividad del alma, en una organizacion feliz para la palabra y para la accion, que hermana la gracia con la energía, y los medios de agradar, con los medios de llevar la

conviccion al entendimiento. Inútil será que la naturaleza haya dotado á un individuo de todas las facultades mentales, si ha negado á su voz los requisitos y á su pecho el poder que son necesarios; y aun habiéndole concedido este poder, poco le deberá el orador si no le ha dotado de una voz agradable, de una presencia digna y de cierta nobleza en los movimientos: si no le ha dotado, en lo que á la palabra concierne, de lo que es preciso para escitar el interés, sostener la atencion de los oyentes, y atraerse su benevolencia, produciendo la persuasion en último resultado. A las cualidades de la voz estan anexas tamañas ventajas: lo estan á su melodía que place al oido, á su acento que mueve el corazon. Tales dones llevan en si una especie de seduccion que cautiva al oyente y le dispone á creer, bien asi como ciertas fisonomías previenen favorablemente é inspiran confianza...»

Aducidas estas observaciones, de las cuales puede inferirse que hay personas, digámoslo asi, irregulares para la predicacion por defecto físico, pasemos á las cualidades mo-

rales que deben resplandecer en los que se dedican á tan sublime ministerio.

Ciceron definia al orador diciendo ser « un *hombre probo* habil en el decir; » y recomendando muy particularmente la moralidad en los dedicados á este ejercicio por punto general, se esplicaba asi un retórico español moderno:

«Ninguna cosa perjudica mas á un orador, que la desconfianza con que se escuchan sus palabras. Cuando la corrupcion y la mentira mueven sus labios, en vano intenta persuadir. Convencidos los oyentes de que sus espresiones están en contradiccion con sus obras ó sentimientos, no le prestan la atencion debida ni la docilidad necesaria. En todos reina el disgusto, y si frios entraron, frios é incomodados salen. Pero cuando le acompaña una alta reputacion de probidad, todo cambia de aspecto. La virtud bien sentida comunica al discurso una fuerza y energía irresistibles; la virtud dispone á los oyentes en favor de su doctrina; la virtud causa las mas vivas y agradables impresiones.»

Si tan recomendable es la probidad en cualquier orador, ¿quién osará negar que esta circunstancia es doblemente necesaria en los predicadores? Debiendo profesar un estado de perfeccion siendo su destino anunciarnos las verdades que conducen á la eterna bienaventuranza, ¿quién duda que deben darnos, igualmente que con sus palabras, con el ejemplo de su vida, lecciones de virtud, como de sí afirmaba haberlo hecho Jesucristo, y como mandaba á los propagadores de su ley practicarlo, para edificacion del pueblo que la siguiese? ¿No es verdad que hacen una especial impresion en nosotros las predicaciones de aquellos eclesiásticos venerables, que por su vida ejemplar y mortificada, por su reputacion de sublime virtud, aparecen á nuestros ojos como varones apóstolicos propiamente tales? Si por desgracia en algun caso dirijiese la palabra desde el púlpito un individuo cuya conducta no correspondiese á lo que exije tan alto ministerio de los dedicados á él, sus trabajos lucharian con los graves inconvenientes que reseña el arzobispo Fenelon en las palabras que

vamos á transcribir del primero de sus Diálogos sobre la elocuencia anteriormente citados con elogio: «Las pinturas morales no tienen autoridad para convertir cuando no las sostienen los buenos ejemplos. ¿Cuántos veis que por tales medios se conviertan? El auditorio se acostumbra á oir estos discursos como quien lee una sátira: el que habla es considerado como si representase bien una especie de comedia: se dá mas crédito á sus acciones que á sus palabras: es interesado, ambicioso y vano, y vive en la disipacion, sin dar de mano á ninguno de los vicios que dice ser preciso abandonar: se le permite, pues, que hable por una contemplacion.... Lo peor es que las gentes se acostumbran asi á creer que no se les dirige la palabra de buena fé; y el ministerio de los oradores se desacredita en términos de que, cuando despues otros hablan animados de un celo sincero, no se persuaden de que les dicen la verdad. Nos parece oportuno advertir que en estas cláusulas no se refiere Fenelon á los predicadores en particular; pero dejamos á la discreccion de

los que lean el presente tratado, inferir la consecuencia que de ellas se desprende respecto del caso que indicamos. A bien que ni los prelados admiten al sacerdocio á hombres indignos por su inmoralidad de esta sagrada investidura, ni en el lamentable evento de incurrir en estravios los ya ordenados, les permiten continuar ejerciendo sus funciones mientras no les conste positivamente su enmienda.

Habiendo hablado de las cualidades físicas y morales del predicador, espongamos cuál debe ser su instruccion peculiar, ó lo que es lo mismo, qué clase de estudios convienen especialmente á los que se destinan al ministerio evangélico. Asunto es este de que nos ocuparemos con alguna estension atendida su señalada importancia; con ello nos habremos hecho cargo de lo que San Agustin llamaba *sapienter dicere*.

Mas antes de entrar en materia, no será inoportuno advertir, porque este es el lugar mas á propósito para hacerlo, que en nuestro dictámen la parte destinada generalmente en los antiguos tratados de retórica, y aun en algunos

modernos, á lo que se llama *Invencion*, ó sea, á presentar ciertos lugares comunes (*topicos* los titulaban los griegos), que habian de servir á los oradores para encontrar las pruebas de sus proposiciones, está de mas en un libro de aquel género. Porque admitiendo como principio inconcuso que el orador debe tener un conocimiento profundo de las materias sobre que ha de discurrir, no la retórica, sino los estudios especiales que debe haber hecho sobre los correspondientes ramos del saber, serán el recurso á que haya de apelar en tal caso para apoyar con buenos argumentos el aserto ó asertos que formen el asunto de su oracion. Por tanto en la presente obrita nos ceñimos á tratar de lo que corresponde á las otras partes de la retórica: á saber, la *disposicion*, que enseña à arreglar convenientemente los discursos, y la *elocucion*, que dicta preceptos para espresarse el orador del modo mas agradable que sea posible; y á lo que se llama *declamacion*, que abraza las reglas relativas á la pronunciacion y al gesto, de las cuales han formado muchos au-

tores otra parte de la oratoria. A este círculo, pues, limitaremos nuestras observaciones, sin seguir precisamente en ellas el órden adoptado en las retóricas comunes.

No obstante lo que acabamos de asentar respecto á la inutilidad de la *Invencion* como parte de la retórica, creemos muy del caso, segun va dicho, llamar en este libro seriamente la atencion de los que se destinan á la elocuencia sagrada, hácia los principales estudios con que deben prevenirse para tan alto ministerio. Las reflexiones generales á que sobre este punto vamos á entregarnos, distan mucho de las fastuosas reglas de la *Invencion*, con cuyo auxilio tal vez han creido los hombres superficiales adquirir de repente, como favorecidos por un misterioso talisman, la suficiencia necesaria para hablar aun sobre las materias que les son mas peregrinas. Mas claro: nosotros no nos proponemos dictar á los predicadores reglas para proporcionarse argumentos con que puedan probar sus asuntos; sino escitarlos con eficacia al estudio de los libros que son las fuentes principales de

las ciencias sagradas por el fondo de su doctrina, y á la vez los modelos mas admirables de la elocuencia del púlpito.

Porque es muy digno de tenerse en cuenta lo que vamos á decir desenvolviendo la idea que se acaba de indicar; á saber, que para sobresalir en el ejercicio de la predicacion conducirá grandemente, no solo haber hecho un estudio detenido de las Sagradas Escrituras y de las obras de los Santos Padres, bajo el concepto dogmático y moral, sino tambien haber meditado aquellas y estas bajo el aspecto literario. Bajo todos estos puntos de vista vamos á recomendar uno y otro estudio.

Hablemos en primer lugar del de las Escrituras.

Sin contar con las misiones de los profetas en sus respectivos tiempos, el ejercicio de la predicacion comenzó con la ley de gracia, siendo Jesucristo el modelo, segun lo indica San Mateo en su capítulo 4.°, y los Apóstoles los primeros predicadores, en virtud de espreso encargo que el mismo Señor les hizo para que se dispersasen por el mundo á pro-

pagar el Evangelio, como se vé en el capítulo 16 de San Márcos. El desempeño de este cometido cifrábase en publicar aquellos santos personages, como *testigos*, lo que habian visto y oido. Asi aparece en el capítulo 1.º de los Hechos Apóstolicos, mediante aquellas palabras del Salvador: «Recibireis la virtud del Espiritu Santo.... y me sereis *testigos* en Jerusalen, en toda la Judéa, en Samaria y en lo mas remoto de la tierra.» El citado libro de los Hechos Apostólicos, las epístolas canónicas, todos los libros, en fin, del Nuevo Testamento acreditan en innumerables lugares que la mision de los Apóstoles no se reducia á otra cosa que á lo que acabamos de indicar, esto es, dar testimonio de las obras y de los prodigios que habian observado siguiendo á Jesus; publicar, como tales *testigos*, la doctrina que le habian oido, y las promesas, las amenazas, los castigos que en su presencia habia hecho. Asi es que la predicacion se llama repetidas veces *testimonio*.

Evidente es que los sucesores primeros de los Apóstoles, y los que despues han ido su-

cediéndose hasta nuestros dias en el ministerio sagrado, no podian ni pueden ser llamados propiamente *testigos* de lo que dijo y obró el divino Maestro, al cual no tuvieron la dicha de ver ni de oir, como sucede á los hombres de la época presente. ¿Cómo, pues, pudieron aquellos, como pueden los actuales ministros del santuario, *testificar* ó ser *testigos* en el particular de que se trata?

A esta pregunta contesta el recomendable autor de cierta oratoria eclesiástica con las razones que vamos á estractar. Los Apóstoles predicaban atestiguando á sus oyentes lo que habian visto y oido por sí mismos: y esto que como testigos anunciaban, nos lo dejaron escrito en los Evangelios, en el libro de los Hechos Apóstolicos, y en sus cartas, por la Iglesia recibidas cual monumentos auténticos. Lo que en estas obras no se contiene, lo comunicaban de viva voz á sus discípulos, y á aquellos primeros sucesores de su ministerio que colocaban en las Iglesias que fundaron, de los cuales, por un uso universal y constante, ó por una doctrina uniforme y no inter-

rumpida, ha venido hasta nosotros por un canal limpio y seguro que llamamos *tradicion*. Las cartas de San Pablo, en particular las escritas á Timoteo y á Tito, manifiestan uno y otro. Por este último medio conocemos innumerables prácticas, observancias y ritos, y aun muchas verdades que no quedaron consignadas en los libros del Nuevo Testamento. De aqui se concluye que si los Apóstoles predicaban *testificando*, los actuales oradores sagrados deben predicar refiriendo sus testimonios, y siendo *testigos de referencia*, como ellos lo fueron *presenciales*.

A este efecto es necesario que el predicador sepa muy bien principalmente lo que los mismos Apóstoles dejaron escrito, porque de otro modo no podrá dar un testimonio verídico á los fieles, que desean saber de él estas cosas; y es necesario esponérselas con pureza y verdad, y en su sentido genuino. De tal suerte los sermones serán, como es debido, un *testimonio* del Evangelio que declara el orador sagrado, á fin de que el pueblo se instruya en la Religion, ora por lo relativo á la fé

ora por lo que hace á la moral. Mas téngase entendido que para dar esta instruccion no bastará que el predicador sepa el Nuevo Testamento; menester es que tambien haya estudiado el Viejo. Este es el libro fundamental de la Religion y de la conducta virtuosa. Al pueblo escogido comunicó Dios los principios de la misma Religion y del culto. Lo que entonces habló, ahora y siempre será verdad, y los preceptos morales que impuso á la sazon jamás dejarán de ser justos. Por medio de los Profetas reveló el Señor con anticipacion su venida, sus obras, su pasion, su resurreccion, la redencion del linaje humano y el establecimiento de la Iglesia. Aquellos libros contenian las señales que habian de dar á conocer al Mesías verdadero, y la escelencia, necesidad y virtud de su doctrina.

Por eso el mismo Jesucristo, en el curso de su santa vida, iba comprobando sus hechos con las divinas Escrituras. Baste por muchos pasajes que en prueba de esta verdad se pudieran aducir, el que se halla al fin del Evangelio de San Lucas, cuando en la despedida

que el Salvador dirijió á sus Apóstoles, les dijo las palabras siguientes: «Ved aqui todo lo que os habia declarado antes de mi pasion; porque era preciso que se cumpliese cuanto de mi estaba escrito en los libros de la ley de Moyses, en las profecías y en los salmos.» A esto añade el evangelista, que el Señor ilustró entonces á sus discípulos, para que entendiesen las mismas Escrituras, y saliesen á predicar en su nombre, como *testigos* que eran de todo, ofreciéndoles que para el mismo fin bajaria sobre ellos el Espíritu Santo, hasta cuya venida debian permanecer sin predicar.

Por eso San Pablo, aunque supone á Timoteo enterado de su doctrina, de su institucion, de su ministerio y de su fé, le dice que ademas sabe que está instruido desde su infancia en las sagradas letras (el Viejo Testamento), las cuales podian guiarle á la salvacion mediante la fé de Jesucristo; y que toda la Escritura que Dios habia inspirado y revelado, era útil para enseñar, convencer y corregir, y para formar á los hombres en la jus-

ticia y sanidad, perfeccionándolos en toda obra buena.

Asi es que desde los tiempos apóstolicos siempre se ha creido que la principal preparacion de los predicadores para el ejercicio de su alto ministerio, debia ser el estudio de la Sagrada Escritura. San Agustin nos ofrece una brillante prueba de esta general conviccion. Su obispo, Valerio, habíale ordenado de presbítero con el objeto sobre todo de destinarle á la predicacion. Poco despues le cometió efectivamente este encargo. Al recibirle San Agustin, manifestó al venerable prelado cuanto le imponia tan dificil mision, y no hallarse en su concepto suficientemente preparado para desempeñarla. Confesaba que no le eran desconocidas las cosas relativas á la Religion; sin embargo creia no haber aprendido cómo se debian inculcar al pueblo estas verdades para contribuir á su eterna salud; y por tales razones pedia con la mayor instancia al santo obispo que al menos le otorgase un plazo para prepararse al ejercicio del ministerio evangélico con el es-

tudio de la Sagrada Escritura, la oracion y las lágrimas. ¿«Qué responderé al Señor, decia el fervoroso sacerdote en la bella súplica dirijida á Valerio, qué le responderé en el dia del juicio? ¿Le diré por ventura que ocupado ya en el ejercicio de los cargos eclesiásticos, no he podido instruirme en lo necesario para su cumplido desempeño»?

Todos los Santos Padres destinados al ministerio de la predicacion, han pensado y obrado en este punto como San Agustin: asi lo acreditan los escritos de San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo; todos ellos han señalado el camino por el cual debian marchar sus sucesores.

Fácil nos sería, por otra parte, tejer un largo catálago de textos canónicos en que se recomienda y manda á los encargados del sagrado ministerio el estudio de las Santas Escrituras. Pero nos contentaremos con un pequeño número de autoridades notables. «Deben los sacerdotes, dice el cánon 24 del concilio IV de Toledo, deben los Sacerdotes que han tomado en el pueblo de Dios el

oficio de enseñar, evitar con el mayor ahinco la ignorancia, madre de todos los vicios... Sepan los sacerdotes las Escrituras Santas.... Consista todo su ejercicio en la predicacion divina y en la doctrina; y edifiquen á todos....» San Isidoro de Sevilla, en los libros *de Officiis*, dirigidos á su hermano San Fulgencio, se esplica en los términos siguientes: «El que está destinado para instruir á los pueblos y formarlos en la virtud, es necesario que, ademas de ser irreprensible, tenga la ciencia de las Sagradas Escrituras....» El papa San Leon, escribiendo al clero de Constantinopla, hablaba de un modo semejante. Y por último es innegable que en tanto se ha encargado siempre de un modo particular á los obispos la ciencia de las Escrituras, y se les sujetaba á un rigoroso exámen de ella, en cuanto la predicacion es el ministerio esencial de estos príncipes de la Iglesia.

Creemos que lo espuesto será muy suficiente para demostrar la necesidad del estudio de la Escritura considerada como fuente de la mas luminosa y santa doctrina para los

discursos predicables. En el capítulo siguiente haremos notar que no son menos preciosos los libros de la Biblia bajo el aspecto de modelos de elocuencia.

CAPITULO 4.°

Cuando se habla de la elocuencia propia de los sagrados libros, no deben estos confundirse con las obras de los autores profanos, no haciendo notar en aquellos mas que lo que lisongee al oido y al entendimeinto, y sea propio para formar el gusto. Porque, como dice Mr. Rollin, el fin que Dios se ha propuesto hablando á los hombres en la Escritura, no ha sido seguramente dar pábulo á su orgullo y curiosidad; no ha sido hacerlos oradores y sabios, sino hacerlos mejores. El designio del Señor en los libros sagrados no es agradar á la imaginacion ó enseñarnos á halagar la de los demas; sino solamente puri-

ficarnos y convertirnos, y hacer que nos apartemos de los objetos esteriores hácia los cuales nos llaman los sentidos, y que entremos en nuestro corazon donde la gracia nos ilumina é instruye.

Verdad es que la sabiduria divina lleva en pos de sí todos los bienes, y que tiene en su mano todas las cualidades que el siglo respeta y que solo de ella puede recibir. ¿Cómo podria dejar de ser elocuente aquella sabiduria que abre la boca de los mudos y que infunde la elocuencia en las lenguas de los pequeñuelos? Mas esta divina sabiduria, á fin de hacerse mas accesible y acomodarse á nuestra inteligencia, ha querido rebajarse hasta el punto de adoptar nuestro lenguage y tomar nuestro tono, y se muestra balbuciente con los niños. Asi es que el carácter dominante de las Sagradas Escrituras, el carácter que en ellas generalmente y casi en todas sus partes se manifiesta, es la sencillez; sobre todo en el Nuevo Testamento. La sublime razon de esto último se halla descubierta por San Pablo. Al principio, segun el Apóstol, el

Criador se habia propuesto atraer los hombres á su conocimiento mediante el uso de la razon natural y la consideracion de la sabiduria de sus obras. En este plan primitivo, en esta primera enseñanza, todo era magnífico, todo correspondia á la magestad del Dios que hablaba y á la grandeza del que recibia la instruccion. El pecado trastornó este órden, y fue preciso tomar un rumbo opuesto. «Viendo Dios que el mundo, con la sabiduria humana, no le conociera en las obras de la sabiduría divina, plúgole salvar por la *locura* de la predicacion á los que creyesen en él». Pues bien; una parte de esta *locura* consiste en la sencillez de la palabra y de la doctrina evangélica. Dios ha querido desacreditar la vanidad de la elocuencia, del saber y del entendimiento de los filósofos y mostrar cuan despreciables son el fausto y la hinchazon del orgullo humano, haciendo escribir los libros sagrados, únicos que están destinados á la conversion de los hombres, en un estilo muy diverso del de los autores paganos. Asi como estos manifestan ocuparse casi esclusivamen-

te del cuidado de realzar sus discursos á fuerza de adornos; los autores sagrados jamás se esmeran por manifestar injenio en sus escritos, para no defraudar á la cruz de Jesucristo del honor de la conversion del mundo, dando lugar á que se atribuya á los atractivos de la elocuencia, ó á la eficacia de los razonamientos humanos.

Si, pues, á pesar de la sencillez que forma el verdadero carácter de las Escrituras, se hallan en estas pasages tan bellos y brillantes, es muy de notar que semejantes cualidades no dependen de una elocucion esquisita, sino del fondo de las cosas que tratan, por su naturaleza tan grandiosas y elevadas, que necesariamente llevan en pos de sí la magnificencia del estilo.

Hechas estas prevenciones, en nuestra opinion muy importantes, podremos encarecer sin peligro de que se pueda abusar de nuestras palabras, la elocuencia de las Sagradas Escrituras.

Al tratar este punto, quisiéramos poder trasladar íntegro á nuestra obrita el capítulo 3.° lib·

4.ª del « Tratado de Estudios » de Rollin, en el cual se contienen escelentes observaciones sobre las bellezas literarias de los libros santos; capítulo que puede decirse es un pequeño curso de elocuencia con aplicacian á los mismos. Pero no nos es dablé detenernos ni aun á estractar sus principales pasages, y habremos de contentarnos con recomendarle eficazmente á los que se destinan á la predicacion. El ilustre arzobispo de Cambray, en sus Diálogos antes citados con justo elogio, nos suministra algunos lugares notables, que insertaremos para hacer sentir mas y mas la elocuencia de la Biblia, asi en el Viejo como en el Nuevo Testamento, y escitar por este medio á los que nos leyeren á meditarla bajo el concepto en que ahora la consideramos, si por ventura aspiran al sublime ministerio que es objeto del presente escrito.

Por lo que hace al Viejo Testamento, Fenelon, despues de observar que para penetrarse de la elocuencia de los libros santos es muy conveniente haber gustado la sencillez de los autores antiguos y sobre todo de los

griegos, continua así: «Conociendo á Homero, Platon, Jenofonte y á los demas personages eminentes de los tiempos antiguos, no os sorprenderá la Sagrada Escritura. Observareis en ellos y en esta la mayor uniformidad en el estilo, en las narraciones, en las imágenes de los objetos grandes y en los rasgos patéticos. La diferencia que se encuentra, es toda en favor de la Escritura, que infinitamente supera á los primeros en sencillez, energía y magnificencia. El mismo Homero jamás consiguió ni aun acercarse á la sublimidad de Moyses en sus cánticos, particularmente en el último de ellos, que por punto general debian aprender de memoria los hijos de los Israelitas. Ni hubo jamás oda griega ni latina que compitiese en elevacion con los salmos. Sirva de ejemplo el que empieza: *El Dios de los dioses, el Señor ha hablado y llamado á la tierra*, que es superior á cuanto puede concebir la imajinacion del hombre. Ni Homero ni otro poeta alguno ha igualado jamás á Isaias, cuando reseña la magestad de Dios á cuyos ojos los reinos no son mas que un grano de

;

polvo, el universo no es mas que una tienda de campaña que se arma hoy para levantarla al dia siguiente: ora despliega este Profeta toda la suavidad y ternura de una égloga en sus risueñas pinturas de la paz; ora se remonta hasta sobreponerse á todo. ¿Qué nos ofrece la antigüedad profana que pueda ponerse en parangon con el tierno Jeremías, cuando llora los males de su pueblo, ó con Nahum, cuando en espíritu y como en lontananza divisa á la soberbia Nínive arruinada por los ataques de un ejército innumerable? Parece que está uno viendo aquellas tropas, y que oye el ruido de las armas y de los carros: todo lo pinta con una viveza que arrebata la imajinacion. Homero queda muy atrás. Leed á Daniel, cuando pronostica á Baltasar que va á caer sobre él la venganza del Señor; y ved si en los mas sublimes originales de la antigüedad hay cosa comparable con estos lugares. Por lo demas en la Escritura todo está sostenido, todo conserva el carácter que le es propio; la historia, la esposicion de las leyes, las descripciones, los pasajes vehementes,

los misterios y los discursos de moral. Por último, hay tanta diferencia entre los poetas profanos y los Profetas, cuanta existe entre el entusiasmo verdadero y el falso. En los unos nótase que son verdaderamente inspirados, y que sin duda espresan lo que Dios les dicta; en los otros se percibe á las claras la flaqueza humana, por mas que se esfuerzan para hacerse superiores á sí mismos. Solo advertiré que el libro segundo de los Macabeos, el libro de la Sabiduría, principalmente al fin, y el Eclesiástico, con especialidad al principio, se resienten algun tanto del estilo hinchado que los griegos, á la sazon en decadencia, habian propagado por el Oriente donde se hallaba establecida su lengua á la par de su dominacion.....»

Calificando en seguida el sabio arzobispo frances la elocuencia del Nuevo Testamento, hace acerca de la del divino Salvador y la de los Apóstoles las observaciones que siguen: «La sencillez de estilo que en Jesucristo se observa, acomodóse perfectamente al gusto antiguo: es asi bien conforme con el de Moy-

ses y de los Profetas, cuyas frases suele emplear el Redentor; pero sin que deje de ser familiar y sencillo, es sublime y figurado en muchos lugares. Con los libros en la mano, seria muy fácil demostrar con toda individualidad, que no hay en nuestros tiempos un solo predicador que haya vertido, aun en los sermones mas estudiados, tantas figuras como Jesucristo en sus predicaciones populares. No hablo de los discursos que menciona San Juan, en los cuales ostensiblemente es divino casi todo cuanto contienen; me contraigo á sus discursos mas familiares, consignados por los demas Evangelistas. Asi escribieron tambien los Apóstoles; pero hay la diferencia de que Jesucristo, como autor de su doctrina, la imparte con la mayor tranquilidad: dice lo que le place, y lo dice sin esfuerzo alguno: habla del reino y de la gloria celestial como de la casa de su Padre. Todas aquellas grandezas que nos asombran, le son naturales; nació entre ellas; y refiere lo que está viendo, como él mismo nos lo asegura. Por el contrario, los Apóstoles se ven agoviados ba-

jo el peso de las verdades que se les revelan: en la imposibilidad de espresar todo lo que conciben, les faltan las palabras: esta es la causa de tantas transposiciones y frases confusas, y de que entablen tal vez razonamientos que no concluyen. Semejante irregularidad en el estilo pone en claro, asi en San Pablo como en los demas Apóstoles, que el espíritu de Dios arrebataba el suyo; pero apesar de este desórden en la diccion, que no merece la pena, todo es en sus escritos grandioso, animado y patético. Por lo que hace al Apocalipsis, en este libro nótase igual magnificencia y no menor entusiasmo que en las profecias: tal vez usa las mismas espresiones que en aquellas se emplean; y esta correspondencia suele contribuir á que mútuamente se ilustren y se hagan inteligibles....»

Acerca de la elocuencia de San Pablo en particular, habia dicho poco antes Fenelon refiriéndose á San Agustin: «En sus libros sobre la *doctrina cristiana* ¡cuántas veces repite el Santo Padre que San Pablo habia poseido una elocuencia maravillosa, y que es

un torrente capaz de hacerse sentir aun de los que duermen! Añade San Agustin que en San Pablo la sabiduria no necesitaba buscar la belleza en el decir, si no que esta salía al encuentro á la sabiduria de San Pablo. Inserta largos trozos de sus epístolas, y demuestra que dejan muy atras todo el arte de los oradores profanos. En esta comparacion hace sin embargo dos escepciones: la primera es que los oradores profanos han hecho empeño en aliñar sus discursos con las galas de la elocuencia, y que la elocuencia siguió naturalmente asi á San Pablo como á los demas escritores sagrados. La segunda escepcion es que San Agustin manifiesta no poseer la lengua griega con bastante perfeccion para descubrir en las Sagradas Escrituras el número y la cadencia de periodos que se encuentran en los autores profanos...»

La historia viene en apoyo de estos elogios con harta razon tributados á la elocuencia de San Pablo; porque, como lo observa uno de nuestros escritores de oratoria sagrada, sabemos que por mas que este santo se

confiese alguna vez ignorante en el arte de la palabra, aun antes de hacer milagros confundió con ella á los judios de Damasco: con ella convenció á uno de los senadores sabios del Areópago: atacó varias veces á los epicureos y á los estóicos: y fué tenido por los Licaonios (ciertamente en fuerza de su elocuencia) por el dios Mercurio.

¿Se quieren ejemplos insignes tomados de la Escritura, para mejor comprobacion de que es la primera fuente de la oratoria sagrada bajo el doble concepto que acabamos de esponer? Examinemos, pues, los sermones de los Apóstoles; sermones del mismo Dios, como dice un autor; porque Dios hablaba por boca de aquellos, y nos enseñaba, no solo las verdades que ellos decian, sino tambien el modo mas admirable, mas alto y verdaderamente divino de anunciar la verdad y de predicar. En estos sermones no se vé otra cosa que la esposicion que hacian á sus oyentes de las divinas Escrituras para que las entendiesen; y de esta inteligencia de las mismas verdades venian el convencimiento, la mocion y

la compuncion, lográndose conversiones numerosas, verdaderas y sólidas.

El sermon de San Pedro que consta en el capítulo 2.º de los Hechos Apostólicos, dirigido á un auditorio compuesto de gentes de diversas condiciones, es un tegido de muchos pasages del Viejo Testamento: alli se encuentran testos de Joel, de David y del libro de los Reyes, ademas de hablar el Apóstol, como testigo, de la Resurreccion de Jesucristo y de la venida del Espíritu Santo. Añade el sagrado testo que el príncipe de los Apóstoles, al ver á sus oyentes manifestarse compungidos de corazon, y que les preguntaban á él y á sus compañeros en el apostolado *¿qué haremos, hermanos?*, continuó su discurso alegando en iguales términos otros testimonios.

El otro sermon, pronunciado por el gefe del colegio apóstolico cuando con San Juan se vió en el pórtico de Salomon cercado de todo el pueblo al cual llenára de asombro la prodigiosa curacion de un tullido, segun se refiere en el capítulo tercero de los mismos Hechos Apóstolicos, abraza asi bien multitud

de testimonios evangélicos y de las profecías: y en cuanto á sus efectos, el sagrado testo nos dice que el sermon fue interrumpido por los sacerdotes, magistrados y saduceos, pero que de los que le oyeron se convirtieron muchos, en número de cinco mil.

En el capítulo 13 de los Hechos Apóstolicos, mas de una vez citados, se nos da noticia del sermon que predicó San Pablo á la Sinagoga de Antioquia. Alli, despues de los testimonios del Exodo, de Josué, de los Jueces, de los Reyes, de los Salmos y de Isaias, con que el Apóstol viene á parar á la predicacion de San Juan, sigue su discurso con otra multitud de citas del Nuevo Testamento, y concluye volviendo á referirse á las profecías. El fruto de esta exhortacion fue separarse la Sinagoga pidiendo á San Pablo que volviese á predicar sobre el mismo asunto el sábado inmediato, y seguir al Apóstol muchos judios y forasteros.

Habiendo recomendado el estudio de la Sagrada Escritura, mostremos la necesidad de conocer las obras de los Santos Padres,

ora como maestros del dogma y de la moral, ora como modelos de la elocuencia del púlpito.

CAPITULO 4.°

Para llenar cumplidamente el ministerio de la predicacion, es preciso añadir al estudio de los libros santos el de los Padres de la Iglesia, que son los verdaderos intérpretes de aquellos, como que Jesucristo quiso asociarlos al magisterio que sobre los hombres le competia esclusivamente, auxiliándolos, para el desempeño de tan sublime cargo, con luces superiores que no se han dispensado á la generalidad de los mortales.

Los Santos Padres son los canales de la tradicion: ellos nos manifiestan cual sea la creencia de la Iglesia sobre los puntos de fé y de moral; sin que sea permitido esplicar la Sagrada Escritura en un sentido contrario á su doctrina constante y uniforme.

En cualquiera materia que ocurra tratar al predicador, tiene á su disposicion una inmensa riqueza en las obras de los Padres, asi griegos como latinos, en las cuales encontrará la mas sólida doctrina sobre el asunto que se proponga desenvolver: encontrará, decimos, los principios y sus consecuencias, las verdades y sus pruebas, las reglas y su aplicacion, y ademas se le indican tal vez los conceptos y los giros que convenga adoptar en su discurso. Sin un gran talento, puede por este medio un orador sagrado formar sermones muy dignos de ser escuchados, puesto que abrazan materiales tan preciosos. El que posea dones intelectuales superiores, puede hacer una combinacion del propio caudal con el que contienen tan escelentes escritos, y dar asi un nuevo realce á sus trabajos oratorios. Mas siempre debe tenerse entendido, como dice Mr. Rollin, que por elocuente que sea un predicador, por profundos que sean sus conocimientos, le falta siempre un requisito esencial si prescinde de las obras de los Santos Padres.

Mas á esto se nos replicará: ¿como es posible que la generalidad de los que al ministerio evangélico se dedican, se imbuyan en la lectura que se acaba de recomendar lo suficiente para adquirir siquiera un conocimiento mediano de las numerosísimas y estensas obras de los Santos Padres, para cuyo estudio apenas basta la vida? A esto responde el profesor francés que acabamos de citar, en los términos siguientes: «Algunos años de retiro bastarán para este estudio, por vasto que parezca; y el que poseyese bien las homilias de San Juan Crisóstomo, y los sermones de San Agustin sobre el Viejo y Nuevo Testamento, con algunos otros pequeños tratados de este último Padre, tendria con ello cuanto es necesario para formar un predicador escelente. Estos dos grandes maestros bastarian para enseñarle como se debe instruir á los pueblos, haciéndoles aprender á fondo y por principios la Religion; esplicándoles con claridad el dogma y la moral; y sobre todo, haciéndoles que conozcan bien á Jesucristo, su doctrina, sus hechos, sus padecimientos, sus misterios:

y esta instruccion tendrá toda ella por base el testo de la Escritura, cuya esplicacion se acomoda al alcance y al gusto asi de los ignorantes como de los sabios, y fija las verdades en el entendimiento de un modo mas fácil y agradable.

Despues de haber asentado estos principios generales acerca del estudio de los Doctores de la Iglesia, conveniente será reseñar, aunque rápidamente, el carácter de los principales, asi griegos como latinos; dando ademas una idea de los defectos mas notables de estilo que ofrecen sus obras, para que sirva de prevencion en su lectura. Tomaremos por guia á Fenelon en esta crítica tan importante y delicada. Empecémosla por los Padres de la Iglesia latina.

Tertuliano. Hay cosas muy apreciables en este autor. Es de admirar la elevacion de sentimientos en que frecuentemente abunda: y es preciso leerle sobre ciertos principios relativos á la tradicion, sobre muchos puntos históricos, y acerca de la disciplina de su tiempo. Mas sus conceptos y su estilo no son en

lo general buenos modelos: hay en él muchos pensamientos falsos y oscuros, muchas metáforas duras y confusas. Tertuliano deslumbra á algunos por lo hinchado y lo pomposo.

San Cipriano. Es tambien hinchado; y casi no podia menos de serlo en su pais y en su época. Se resiente de la dureza africana, como Tertuliano su maestro. Pero tiene mucha energía y elocuencia; elocuencia grave y modesta: y cuando toma mucho calor, prescinde de los adornos afectados que deslucen algunas de sus obras, para tomar un giro patético y sublime. San Agustin recomienda como elocuente la carta de este Santo Padre á Donato, aunque harto recargada de ornato en algunos pasages. En el resto de sus obras San Cipriano presenta menos afectacion.

San Agustin. Peca por sutil, defecto propio de su tiempo. No obstante, tuvo gran talento para persuadir. Es hombre singular en la fuerza del raciocinio y lleno de ideas nobles y que conoce á fondo el corazon humano; es ademas muy culto, y atiende á guardar en sus discursos el decoro mas esmerado;

es en fin, hombre que se espresa casi siempre de un modo tierno, afectuoso é insinuante. En sus *confesiones y soliloquios* las agudezas están moderadas cuanto cabe por la sencillez de su mocion. Todas sus obras tienen el carácter del amor de Dios. No solamente sentia con viveza este amor, sino que tambien sabía manifestar de un modo prodigioso los sentimientos que le inspiraba. Por lo demas, San Agustin conocia muy bien las reglas de la verdadera elecuencia, como lo prueban sus escritos. La historia nos transmite la noticia de los triunfos que alcanzó como orador; porque hablaba al corazon y poseia el don de las lágrimas, como observa un célebre crítico contemporáneo.

San Gerónimo. En su estilo hay tambien defectos; pero su espresion es enérgica y grandiosa. No se atiene estrictamente á las reglas; pero tiene un alma ardiente y entusiasta, y es elocuente en el fondo, aunque tal vez no sea muy puro y elegante.

San Ambrosio. Suele seguir la moda de su tiempo; y da á sus discursos el aliño quee

entonces se apreciaba en gran manera. ¿Quién sabe si San Ambrosio y los demas insignes personages que nos ocupan, con miras muy superiores á las reglas ordinarias de la elocuencia, se conformaron con el gusto de su época, para que se oyese de buen grado la palabra divina, é insinuar con buen éxito las sublimes verdades de la Religion? San Ambrosio, á pesar de algunos juegos pueriles de palabras, escribió á Teodosio con una valentía y una persuasion inimitables. Cuando habla de la muerte de su hermano Sátiro, su espresion es sumamente tierna. Un discurso suyo sobre la cabeza de San Juan, que se lee en el breviario romano, es sublime en la conclusion.

San Leon. Es hinchado, pero propiamente grande.

San Gregorio Papa. Existió en un siglo peor que el de San Ambrosio y San Agustin; sin embargo desplegó mucha energía y dignidad en sus escritos. En los Padres, ¡como en los demas escritores, hay que distinguir los defectos propios de su tiempo, y los recursos que les suministraba su talento para

llenar los fines de la verdadera elocuencia.

San Bernardo. Fué un prodigio en un siglo bárbaro. Se recomienda por su delicadeza, elevacion, flexibilidad, ternura y vehemencia.

Hablemos de los Padres griegos.

San Pedro Crisólogo (*el de las palabras de oro*). Sus obras están llenas de agudezas que no merecen apreciarse; pero abundan á la vez en piedad evangélica.

San Juan Crisóstomo (*boca de oro*). Habla el griego perfectamente. Su estilo es algo difuso; pero se encamina á la persuasion sin esmerarse en aliñar sus discursos; coloca con mucho tino cada cosa en su lugar; conoce á fondo la Sagrada Escritura y las costumbres de los hombres, y sabe insinuarse en los corazones y hacer palpables los objetos. En sus pensamientos es elevado y sólido, y no carece de mocion. En su conjunto puede asegurarse que es escelente orador. Un crítico respetable caracteriza el estilo de San Juan Crisóstomo con esta bella espresion: «Su estilo es mas brillante que variado: es el res-

plandor de la luz clarísima é inalterable que alumbra los campos de la Siria.»

San Gregrio Nacianceno. Se distingue por la nobleza y enérgica precision de su estilo, por la abundancia de la argumentacion , y la viveza de las figuras que hacen su lenguaje algun tanto poético; pero no persuade hasta el punto que el anterior. Sin embargo, tiene golpes muy patéticos; por ejemplo su despedida de Constantinopla y el elogio fúnebre de

San Basilio. Es uno de los mas hábiles maestros de la elocuencia sagrada. Grave, sentencioso y austero hasta en su diccion, reune todas las cualidades á propósito para convencer, persuadir y mover. Compuso muchas homilías sobre la Sagrada Escritura y otras morales. Conocia á fondo las flaquezas humanas, y es escelente director para el régimen espiritual. Fenelon recomienda como sobresaliente la carta de este santo á una vírgen que se habia deslizado.

San Gregorio Niseno. Rivaliza con el anterior en la belleza de sus homilías.

Hasta aqui hemos hablado de los princi-

pales estudios del orador evangèlico; en el capítulo siguiente trataremos de otros conocimientos que le serán útiles para el desempeño de su elevada mision.

CAPITULO 5.°

Ademas del estudio de la Sagrada Escritura y de los Padres, con tanto ahinco recomendado en los capítulos anteriores y de primera necesidad para el predicador, desde luego se comprende que para completar los conocimientos relativos al dogma, á la moral y á la historia y disciplina eclesiástica, de que deben estar nutridos sus discursos, como es evidente, ha de manejar otra clase de libros el que aspire al ministerio de la palabra santa.

Los Padres del Sínodo 3.° de Cartago, confirmado por el 6.° general, ordenaron que á los que hubiesen de ser promovidos al sa-

cerdocio se les intimasen los decretos de los concilios. Lo mismo se previno despues en otras sagradas asambleas semejantes, ya ecuménicas, ya particulares. La razon apoya desde luego este mandato. Porque en los concilios generales se dá á los pasages del uno y el otro Testamento el verdadero sentido que no puede alcanzar cada uno por sí solo, ó que la malicia procura torcer á fin de autorizar el error, ó favorecer la licencia y la relajacion. En los mismos concilios se prescriben los medios mas prudentes y eficaces para mantener intacta la creencia religiosa, y adelantar en el ejercicio de la piedad. Hé aqui por qué el concilio Moguntino, celebrado en 847, contrayéndose mas espresamente al particular que nos ocupa, dispuso «que los sacerdotes estudiasen continuamente los cánones, sirviéndose de ellos para predicar la fé, estirpar los vicios y plantar las virtudes en el pueblo».

Si el predicador ignora estas reglas ¿cómo podrá llenar debidamente su encargo? Para dar á conocer á los fieles la gravedad de cada

culpa, es menester que tenga presentes las penas á que la Iglesia sujetaba á los penitentes en los tiempos primitivos: asi podrá graduar mejor qué pecados son, por ejemplo, el sacrilegio, el homicidio y los demas vicios. Si ha de exhortar á la observancia del ayuno, debe saber las antiguas prácticas, y las causas que motivaron la dispensa acordada sobre este punto, para no venir á dar en la relajacion de las opiniones que destruyen su espíritu; y procurar, antes bien, que se mantenga cuanto es posible en el presente estado, el rigor de la disciplina en esta parte. Si ocurre hablar de la sagrada comunion y del cumplimiento anual de este precepto, es menester que sepa por los cánones la disciplina que ha regido sobre la materia. Asi comprenderá y hará conocer que la Iglesia desea entrañablemente que renazca en sus hijos el fervor de los fieles primitivos, para darles con mas frecuencia la Sagrada Eucaristía, como lo manifestó el santo concilio de Trento en su sesion 22. Si se trata de la asistencia á la misa, el que predica deberá señalar, con vis-

ta de los cánones, la devocion, el fin, el espíritu con que ha de cumplirse este precepto, y el lugar de ejecutarlo, para corregir los abusos tan arraigados que en el particular se observan.

Por estos ejemplos tan triviales se demuestra la necesidad que tienen los que se dedican á la predicacion, de aprender la disciplina en los cánones, cuyo estudio no se suple sin sumo trabajo con otros libros de sermones ó con tratados morales, difíciles de calificar en muchos casos, mediante la abundancia que hay de los mismos.

Es, pues, preciso que el predicador haya manejado una suma de concilios. Lo es igualmente que haya estudiado el dogma reducido á sistema por algun autor recomendable, aunque no sea muy estenso ni descienda á ciertos pormenores del escolasticismo que no son para tratados en el púlpito. Prevenido con los estudios hasta aqui señalados, el orador evangélico habrá aprendido la Religion por principios; sabrá como debe los misterios; podrá hablar de ellos con solidez, y esponerlos

con la claridad que es de su obligacion y es el objeto de su ministerio.

En cuanto á la moral, aunque en la Sagrada Escritura, en los Padres y concilios, y principalmente en el Evangelio, se hallan sus reglas fundamentales, conviene mucho, ya para evitar molestias, ya para fijar el juicio en tanta diversidad dé pecados, de contratos, y de las demas materias propias de este ramo, haberlas estudiado en una obra en que se hallen digeridas para cuando hayan de tratarse en la cátedra sagrada.

Por lo respectivo á la historia eclesiástica, como quiera que es necesaria para conocer las vicisitudes del pueblo cristiano, los admirables ejemplos de virtud que nos ha legado un gran número de sus hijos, el castigo de muchos perversos, las emigraciones de la fé católica de unas á otras regiones, y para adquirir mil otros datos sin cuya posesion el predicador no podrá hacer citas y aplicaciones de sumo interés; visto es que debe aquel haberla estudiado con alguna latitud.

Hé aqui los estudios especiales mas dig-

nos de recomendarse á los que se destinan á la elocuencia sagrada. Algunos de nuestros autores del ramo han encarecido ademas la necesidad de que los que á tal ejercicio aspiran, se dediquen á aprender los preceptos generales de la oratoria en Ciceron y en Quintiliano, y á meditar sobre los modelos que ofrecen los grandes oradores de la antigüedad profana, y de que adquieran un conocimiento medianamente profundo de la hermosa habla de Castilla. Nosotros hemos dado por supuestas las nociones comunes de la retórica, al formar el presente tratado. Por lo demas, no negaremos que Ciceron y nuestro compatriota Quintiliano abundan en escelentes máximas de elocuencia, aplicables á todos los géneros respectivos: no negaremos que los antiguos oradores profanos, y señaladamente Demóstenes entre los griegos, y entre los latinos el mismo Ciceron, ofrecen en sus discursos modelos acabados que desesperan por su perfeccion. Eso no obstante, creemos que la teoría general de la elocuencia puede estudiarse de un modo competen-

te en algunos tratados nutridos con los preceptos de los dos insignes maestros que se citan; sin que dejemos de convenir en que el fruto será mas abundante si aquella se aprende en tan clásicos originales: creemos que el estudio reflexivo de la Sagrada Escritura y de los Padres, cual le dejamos propuesto, podrá escusar la meditacion sobre otros modelos respecto de los predicadores; si bien no reprobaremos que el que quiera dar mayor latitud á sus preparaciones para el ministerio evangélico, examine los discursos mas notables de Demóstenes y de Ciceron, ó bien íntegros en las colecciones correspondientes, ó en los estractos que de ellos nos han dado algunos literatos distinguidos.

Por lo que hace al conocimiento del habla castellana, sin duda debe tenerle aventajado el que haya de ejercer entre nosotros la profesion de predicador: sin duda conviene que este posea con la mayor pureza posible, con la gravedad que le es innata, y sobre todo exenta ɔp los galicismos que lastimosamente la desfiguran, una lengua que por sí tanto

vale, la lengua magestuosa que un ilustre monarca español, Carlos V, consideraba como la mas á propósito para llevar el hombre sus suspiros al trono del Eterno. ¡Noble instrumento en verdad para la elocuencia sagrada! Estúdiela, pues, con ahinco, volvemos á decir, el que aspire á ser predicador.

CAPITULO 6.°

Despues de haber manifestado cuál sea el carácter especial de la elocuencia sagrada, cuáles sean los deberes del predicador, cuáles los requisitos que este debe reunir, y particularmente con qué estudios debe prevenirse para el desempeño de su noble ministerio, debemos tratar de la composicion de los sermones, dando primeramente las reglas generales respectivas, y esponiendo despues las particularidades que ofrecen las especies de discursos predicables mas conocidas.

Al emprender esta parte de nuestra obri-

ta ¿ necesitaremos detenernos á encarecer á los predicadores que cuando se propongan trabajar sus discursos, preceda á todo otro acto ordenado á este efecto, el de implorar con instancia los auxilios del Cielo? Porque, como dice un escritor moderno, hablando de este particular, « del Señor es el interés y la causa que va á tratar el orador sagrado; y el don de la predicacion, como que es una de las gracias soberanas qne enumeran los teólogos entre las que llaman *gratis date*, ha de venir del Cielo, comunicado por el padre de las luces que ilumina el entendimiento de sus ministros». Con este precedente, y sin proponerse en sus discursos otra mira que la gloria de Dios y el bien de las almas, el orador evangélico puede ocuparse con confianza en la preparacion de sus sermones.

El primer paso en esta línea es fijar el plan que ha de seguir. Casi siempre es esto lo que mas trabajo cuesta al orador, como advierte un preceptista distinguido, lo que mas influye en el éxito de sus discursos. Todo viene á depender, en lo humano, de estas pri-

meras líneas del cuadro; pues el plan debe abrir un espacioso y fecundo campo á la elocuencia. Si está demasiado circunscrito, le desviará de su asunto, en vez de colocarle en su centro. Cuanto mas medite su plan el orador, mas abreviará su composicion: cuanto mas le profundice, mas se aclara el objeto; y las relaciones que al principio parecian suficientes á presentar la materia del discurso en toda su latitud, tal vez no llegarán á formar una subdivision importante y fecunda cuando llegue el orador á generalizar y desenvolver las ideas.

Hechas estas advertencias generales, señalemos las partes en que se dividen los discursos oratorios, y el destino que cada una de ellas tiene en los mismos, haciendo desde luego las aplicaciones oportunas á los que son objeto de este libro.

Los retóricos dividen comunmente la oracion en cinco partes principales: la primera es la llamada *introduccion ó exordio*, que se dirige á hacer á los oyentes atentos, benévolos y dóciles; la segunda la *narracion*, ó lo

que es lo mismo, la esposicion de los hechos sobre que han de fundarse las pruebas; la tercera la *proposicion*, que señala el asunto de cuya demostracion se trata, el cual, cuando tiene mas de un miembro, se espresa por medio de una *division*; la cuarta la *confirmacion ó prueba*, que es la mas esencial del discurso, en la cual se aducen los argumentos que apoyan la proposicion ó proposiciones que ha asentado el orador, y á la cual se refiere la *refutacion* ó solucion de las objecciones que contra estas militan; la quinta la *peroracion*, que abraza lo que se llama *epílogo* ó recapitulacion de la prueba, y la *mocion* ó escitacion de afectos.

Es muy fácil comprender que no todo discurso ha de reunir por precision las cinco partes que van espresadas. Casos hay aunque muy raros, en que se suprime el exordio y se entra desde luego en el fondo del asunto; casos en que se omite toda narracion; casos en que se prescinde del epílogo; y la division está de mas cuando la proposicion solo contiene un miembro.

Antes de esponer qué giro deba darse á cada una de estas partes en un discurso predicable por punto general, habremos de decir dos palabras sobre lo que se llama *testo*, el cual es un pasage tomado de cualquier libro de la Sagrada Escritura que se asienta como tema de un sermon. Tal vez pudiera creerse á primera vista que precisamente habrá de deducirse el testo del Evangelio de la misa respectiva; mas no hay tal precision, como lo acredita la libertad que en esta parte se toman los predicadores mas autorizados. No es esto decir que si el orador encuentra en el Evangelio del dia palabras que envuelvan su idea, deje de ser oportuno adoptarlas como testo; pero debe tenerse entendido que cuando naturalmente no es aplicable á su plan la lectura evangélica del dia, debe buscar el tema en cualquier otro lugar de la Biblia, para evitar uno de dos escollos; ó violentar la inteligencia del testo, ó sujetar el plan á un giro que acaso no le convenga. Hay mas: las oraciones de los Santos Padres, modelos recomendables y clásicos, como en su lugar he-

mos advertido, para la composicion de los predicables, demuestran que en otros tiempos no se creyó necesario fijar para los mismos un tema ó testo á que hubiesen de ligarse, si bien todo discurso de tal especie debe ser una esposicion de la doctrina y ley de Cristo; sin embargo, adoptada ya como lo está en la Iglesia, la costumbre de poner un testo al frente de los discursos sagrados, no aconsejaremos que se prescinda de ella; especialmente siendo tan libre la eleccion del tema como acabamos de manifestar. Por otro lado, siguiendo este sistema, la sublimidad propia de la Sagrada Escritura, da tal vez á las primeras palabras que el predicador pronuncia, un efecto prodigioso y predispone á oir con la mayor atencion el discurso que va á empezar. Flechier debió la celebridad del elogio fúnebre de Turena á la buena eleccion de su testo; y seria fácil citar otros ejemplares semejantes.

Hablando en especial de las partes de la oracion, y desde luego del exórdio, cuatro son las reglas que comunmente se dan para

el buen desempeño del mismo: á saber, que sea *modesto*, para que asi concilie el orador la benevolencia de los que le oyen; *breve*, esto es, proporcionado al todo del discurso, estando respecto de este, segun la doctrina comun, en la misma proporcion que la cabeza con el cuerpo; algun tanto *esmerado*, para no esponerse el orador á desviar de sí la atencion del concurso, mostrando su desaliño en tan críticos instantes; *fácil y natural*, esto es, deducido *de las entrañas del asunto*, segun la frase de Ciceron. El mismo decia, meditando sobre la cuarta condicion del exórdio, que era lo último en que el orador debia pensar, bosquejando antes lo principal del discurso; y que por su parte habia adoptado esta máxima; añadiendo que cuando quiera que se desviaba de ella, no se le ocurria exórdio que no fuese muy pobre, frívolo y vulgar.

En cuanto al exórdio de los discursos sagrados, poco hay que añadir á las reglas generales que se acaban de asentar y que le son aplicables todas ellas. Sin embargo, el docto García Matamoros, en su obrita *de Methodo*

concionandi, dijo que el orador cristiano no debia formar empeño en captarse la benevolencia de los oyentes, visto que voluntariamente concurren á la Iglesia con el designio de escucharle. A ser legítima esta deduccion, ningun orador estaría en el caso de solicitar la benevolencia de su auditorio, y siempre debieran suponer los que hablan en público, que por lo mismo que hay quien concurra á oirles, esta benevolencia no les puede faltar.

Por lo que hace á la brevedad, regla es esta que conviene recomendar muy mucho á ciertos predicadores que invierten en el exórdio casi tanto tiempo como en el resto de sus discursos. Antiguo debe de ser este defecto y el lujo de citas, imágenes, figuras, lugares comunes y demas conceptos no conducentes á dar una ligera prenocion de la materia, que interese y atraiga la atencion hácia el asunto en el exórdio que se indica; antiguos, volvemos á decir, deben de ser en el púlpito estos abusos, cuando hubieron de prevenir las autoridades eclesiásticas, inclusa la Santa Sede, en mas de una ocasion, que en el exórdio se esplica-

se algun punto de doctrina. Hé aqui una prueba positiva de lo mucho que se divagaba en las introducciones á los predicables. Sirva, pues, de gobierno en el particular que el exórdio empieza alli donde se columbra el objeto y designio del orador en su discurso. Esas disertaciones á que algunos se entregan, y que serian aplicables á sermones sobre asuntos entre sí muy diferentes, pecan contra los preceptos del arte; y como mas de una vez nos han dicho los tratadistas de retórica sagrada, hacen al predicador asemejarse á un viajero que no sabe el camino que va á recorrer; y á los que escuchan sugieren la idea de que aquel no ha meditado suficientemente el plan de su sermon.

Algunas de las últimas cláusulas conducen á apoyar, por lo relativo á los discursos sagrados, la regla de que el exórdio debe sacarse del fondo del asunto á que se aplica, segun lo aconsejaba el orador de Roma. En confirmacion del mismo precepto viene la doctrina del citado Matamoros, cuando asegura que el predicador apenas se encon-

trará en el caso de disimular en la introduccion el asunto que va á ser objeto de su discurso, y puede anunciarle por lo mismo francamente; al revés de lo que ocurre con frecuencia en las asambleas populares y en el foro, de tener que empezar los oradores sus arengas atrayéndose mañosamente al concurso, sin manifestar la tendencia de estas, hasta haberle ganado con razonamientos estraños á la materia que ha de ocuparlos; lo cual se llama exórdio de *insinuacion*. El apreciable escritor español funda este aserto en que no debe presumirse que un concurso de fieles se halle prevenido contra la doctrina evangélica objeto de los sermones. Asentimos á la opinion de Matamoros, en el concepto de que es mas sólido el argumento con que la apoya, que el que sirve para sostener el otro dictámen suyo que poco há hemos espuesto y con el cual no podiamos estar de acuerdo.

Al exórdio de los discursos sagrados va unido lo que se llama *salutacion*, que tuvo principio entre nosotros, segun parece, desde que San Vicente Ferrer estableció la pia-

dosa costumbre de concluir el exórdio con la salutacion angélica, pidiendo á Dios el predicador la gracia para sí y su auditorio por la intercesion de la Vírgen Santísima. De aqui ha provenido que muchos oradores, aun entre los mas distinguidos, creyesen equivocadamente que la salutacion era una parte diversa del exórdio en los discursos sagrados; creencia no estraña hasta cierto punto al ver la estension que en algunos de los mismos se daba á aquella, siendo asi que debia y debe limitarse á los términos precisos. Escusado será advertir que al implorar el orador en la salutacion la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de la Vírgen María, lo debe hacer, no por mera ceremonia, sino cordialmente. Es de notar que la salutacion se omite en las oraciones fúnebres, cuyo principal asunto es el elogio de los héroes y grandes de la tierra, y por lo mismo profano (si bien debe tratarse cristianamente, ordenándole á la instruccion de los fieles y al intento de inspirar la virtud), y en otras circunstancias semejantes.

Hablemos de la narracion. Por lo que hace á esta parte del discurso, es harto sabida la regla general que exige en ella *brevedad*, *verosimilitud y claridad*. Díctala nuestro Quintiliano segun la escuela Isocrática. Tambien están al alcance de toda persona de regular criterio los medios que deben emplearse para llenar aquellos tres requisitos de la narracion, los cuales se esplican generalmente en todas las retóricas.

Dice Fenelon, en el segundo de sus Diálogos, que apenas se conoce un asunto en que la narracion no tenga cabida; y aplaude como una de las bellezas mas notables de Platon, su ordinaria costumbre de principiar las obras de moral por ciertas historias y tradiciones, que sirven como de fundamento á sus discursos. «Este método, continúa el ilustre arzobispo, conviene mucho mas á los oradores sagrados, porque en la Religion todo es historia, todo tradicion, todo antigüedad. La mayor parte de los predicadores no instruyen como debieran, y son flojos en las pruebas, por no recurrir á estas fuentes.»

García Matamoros, en el opúsculo ya citado, reconoce la oportunidad de las narraciones en los predicables, suponiendo que versan sobre la esposicion histórica y literal del Evangelio: y recomienda, ademas de las tres cualidades que van señaladas, la *delicadeza* y *la gracia* con que Quintiliano enseña á adornar la narracion, y la *evidencia* y *moralidad* de que habló Tulio.

Encarga Hugo Blair que la narracion de los discursos sagrados, ademas de reunir los requisitos que se han fijado conforme á la doctrina de Quintiliano, sea correcta y trabajada con algun esmero, mas no aliñada con profusion; añadiendo, que el mejor medio que puede adoptar el orador para desempeñar bien esta parte del discurso, es meditar profundamente el hecho ó hechos sobre que versa, hasta poder presentarlos con viveza y claridad.

Pasamos á tratar de una parte muy atendible en todo discurso, y por consiguiente en los discursos sagrados: á saber, de la proposicion y division. Antes de esponer las reglas á ella concernientes, conviene mucho hacer

una advertencia á los que se destinan al púlpito, en la cual seguiremos á un autor recomendable en este ramo de la oratoria. «Ha observarse, dice, inviolablemente con el mayor escrúpulo que el asunto ó materia de la oracion sea grave, sólido, edificativo, y acomodado al objeto y al auditorio; porque esto es como la sangre que vivifica todos los miembros de la oracion, y asi es lo mas esencial y mas dificil. Al orador que encuentra asunto propio para su objeto y acomodado á sus fuerzas, ni le faltará órden con que digerirlo, ni facundia para esplicarlo. Pero por desgracia, á proporcion que es la parte mas principal, es en la que mas se ha desbarrado..... Hablo de las comparaciones y escesos entre unos santos y otros, élevando al del dia casi con menosprecio de todos los demas; los paralelos..... con Jesucristo y con la Trinidad en algunos de sus divinos atributos: en cuyo error..... se incurre mas frecuentemente en los sermones de la Santísima Vírgen, intentando persuadir, ó que es mas misericordiosa que Dios, ó que su proteccion es mas

pronta, ó que revoca los decretos de la condenacion; con que en vez de elogiar á la Madre de Dios, se la ofende, y se da márgen á la impenitencia con la capa de su devocion mal entendida». Estas indicaciones, lo reconocemos con placer, eran harto mas oportunas en el tiempo en que escribia el ilustrado eclesiástico de quien las hemos estractado, esto es, en el último tercio del siglo inmediato, que en la actualidad, en que vemos incurrir con menos frecuencia á los predicadores en tan lamentables estravíos; sin embargo, no serán enteramente perdidas, aunque solo hayan de servir como mera precaucion. Continuemos.

«Sobre la gravedad, debe tener la solidez el asunto de un discurso sagrado: esto es, el orador se debe proponer asertos, no solo dignos del ministerio, sino que hagan fuerza al entendimiento; se abran camino al asenso con las pruebas, y se apoyen en la autoridad y en el raciocinio si lo permite la materia: de otra suerte, se fatigará inútilmente el predicador. Ni bastará que sea sólido el asunto,

probando, por ejemplo, un artículo de fé, la grandeza de un santo, la intercesion poderosa de la Madre de Dios, y otros semejantes. Es menester que sea tambien edificativo, esto es, capaz de instruir y de mover, que son las partes de la edificacion». Los otros requisitos indicados, esto es, que el asunto sea acomodado al objeto y al auditorio, se espondrán con mas oportunidad en los capítulos siguientes.

Prévias estas insinuaciones, y viniendo á hablar de la proposicion (asi se llama esta parte del discurso cuando es simple el aserto sobre que ha de recaer la prueba), diremos que es aplicable en este punto á las oraciones sagradas la regla comun de que ha de ser lo mas clara posible, y debe hacerse en pocas palabras.

Pero cuando la proposicion comprende varios miembros, en cuyo caso se le da el nombre de division, tienen lugar todos los preceptos de la lógica relativos á esta y que no hay necesidad de transcribir aqui. La retórica recomienda por su parte que la division sea *sencilla*, *exacta y fácil de retener*.

Esta es la oportunidad de entregarnos á una discusion importante. El inmortal Fenelon, en el segundo Diálogo citado poco há, parece pronunciarse contra las divisiones. Dice que solo en la apariencia contribuyen al buen órden de los discursos; pero que realmente los desgracian y echan á perder, cortando cada uno de ellos en tantos diferentes entre sí, cuantos son los miembros que resultan de la division. Añade que los mas autorizados oradores, asi sagrados como profanos, no solian dividir cual hoy se hace, y que semejante costumbre se introdujo posteriormente por los predicadores escolásticos. Veneramos sobremanera al doctísimo autor de estas observaciones; y por tanto no podemos menos de consagrar algunas líneas á vindicarle de las infundadas censuras que ha sufrido de algunos críticos modernos. Asienta, por ejemplo, un literato cuyas obras disfrutan de cierta celebridad, que en el pasage indicado «Fenelon reprobó las divisiones por punto general, y que afirmó haber debido estas su orígen á los escolásticos, siendo así que Ciceron las ha

usado, especialmente en la oracion *pro Archia*».

Pero el primero de estos asertos hállase desmentido por otro testo del sabio arzobispo en los mismos *Diálogos*, á saber: «Cuando se divide, debe esto verificarse de un modo sencillo y natural; la division ha de encontrarse enteramente hecha en el asunto mismo; ha de ser tal que aclare y ordene las materias, se retenga fácilmente y ayude á retener todo lo demas, y haga percibir la estension del todo y de sus partes». (Diálogo 1.º hácia el principio.) Asi que el prelado francés solo reprobó, en el lugar á que los tales críticos aluden, los abusos de las divisiones, mas no el oportuno uso de las mismas. Creyó Fenelon muy del caso aconsejar á los oradores cristianos un método mas á propósito para huir del peligro en que frecuentemente se hallan, de hacer dos ó tres discursos diferentes en lugar de uno distribuido en dos ó tres partes; mas conducente á que en los sermones resalte la sencillez que cumple á un género de oraciones de que los

Apóstoles nos dieron los primeros ejemplos; mas conforme á la tan canonizada máxima de la retórica que proclama «que el arte es tanto mas perfecto cuanto mas se oculta». Este método se reduce á tratar con cierta separacion los diversos puntos que ofrezca naturalmente la materia sobre la cual se discurre, aunque sin anunciar de un modo esplícito al auditorio semejante particion. Ni Fenelon ha afirmado, por otra parte, que los escolásticos hayan sido los autores de las divisiones, generalmente hablando; sino solamente que los escolásticos han sido los primeros que frecuentaron la division en los sermones.

Mucho menos desconocia el ilustre autor de los *Diálogos* los ejemplares con que se le arguye, y otros semejantes que ofrecen los antiguos autores, griegos y latinos; comoquiera que habia estudiado sus clásicos escritos con harto mayor fruto que los que le impugnan. Ha hablado tan solo de lo que comunmente se observaba en los tiempos remotos, con especialidad por los predicadores mas dis-

tinguidos, prescindiendo de lo que se verificó en casos especiales; sus espresiones tienen, por consiguiente, la mayor exactitud. En corroboracion del dictámen que analizamos, podriamos citar varios ejemplos que nos ofrecen las obras de los predicadores mas notables, muy dignos de tenerse en cuenta, que comprueban la necesidad de usar de las mayores precauciones para que una division ejecutada por el método vulgar, no produzca los perjudiciales efectos que quedan insinuados. Pero queremos contraernos á los sermones del justamente celebrado Bourdaloue, en cuya coleccion se ven algunas muestras de los abusos á que conducen las divisiones espresas y realizadas, digámoslo asi, *á priori*, tan ocasionadas á que se multipliquen inútilmente las partes, fatigando al auditorio con tanta subdivision; lejos de contribuir semejante sistema á aliviar la memoria. En prueba de ello puede verse la division de su discurso sobre la sabiduría y suavidad de la ley de Cristo, y la crítica que de ella hace Mr. Gin en su libro *de l'Eloquence du barreau*. De aqui pue-

de inferirse si está ó no en su lugar la doctrina del arzobispo de Cambray sobre las divisiones bien entendidas y aplicada sin exageracion.

Hemos dicho que la parte principal de todo discurso es la confirmacion ó prueba, en la cual el orador demuestra la proposicion ó proposiciones que asentó, por todos los medios que le subministre su talento. En cuanto á las reglas que pueden conducir á tan importante fin, supuesto lo que en otro lugar se ha advertido sobre la escasa utilidad de lo que los antiguos retóricos llamaron tratado de *Invencion*, y de los *tópicos* ó lugares comunes que en esta parte se enseñaban, en la creencia de que con tales datos el orador hallaria fácilmente las pruebas para cada asunto; supuestos, decimos, estos antecedentes, nos contentaremos con dictar como única regla fundamental en la materia, la de que los argumentos sólidos y persuasivos deben salir de lo íntimo del asunto que se ventila, y del conocimiento de este y su profunda meditacion.

En cuanto al órden con que las pruebas

deban colocarse, los retóricos suelen proponer, para decidir este punto, el simil de un ejército dispuesto á combatir. Asi como en este, dicen, debe ocupar los puestos avanzados la tropa mas valiente, como que muchas veces depende del primer choque el éxito bueno ó malo de la accion; asi como es oportuno reservar para el último golpe y completar la victoria otras tropas escogidas, colocando en el centro los soldados en quienes no se tiene tanta confianza, para que se animen á pelear escitados por el ejemplo de los que los rodean; de la misma suerte, concluyen, han de colocarse al principio y al fin de la confirmacion las pruebas mas robustas y decisivas, para que á su sombra y en medio de la argumentacion tengan lugar las que son de menor efecto.

Esta máxima general de retórica, aunque á primera vista parezca muy atendible, tiene sus inconvenientes no livianos. Parécenos que si en algunas ocasiones puede seguirse, será arriesgado adherirse á ella en otras muchas. Pueden, en nuestra opinion, distinguirse tres

casos: 1.º Cuando el orador cuenta con una prevencion favorable de parte de los oyentes: 2.º Cuando el orador cree á los oyentes prevenidos contra su causa: 3.º Cuando el auditorio le parece indiferente.

En el primer caso, aconsejariamos al orador que empezase por las pruebas mas débiles, y fuese aumentando por grados, digámoslo asi, el convencimiento de su auditorio, alegando cada vez razones de mayor peso hasta llegar á la mas eficaz y concluyente. Esta doctrina es conforme al tan canonizado precepto de Ciceron: «crezca y tome á cada paso mayor cuerpo el discurso».

En el caso tercero puede ser aplicada oportunamente la regla general que discutimos. Presentando entonces el orador al principio de la argumentacion razones graves y poderosas, logrará sin duda sacar á sus oyentes de la indiferencia en que los supone, y escitar su interés en favor de la causa que sostiene. Hecho asi, puede ocuparse de las pruebas menos importantes; concluyendo siempre (lo que vamos á espresar es regla in-

variable) la confirmacion con pruebas de la mayor eficacia, para que las últimas impresiones sean favorables á su propósito. Asi será completa la conviccion.

Esta regla puede aplicarse con mayoría de razon al segundo de los casos aducidos, como desde luego se percibe. Sin embargo, juzgamos que cuando la prevencion del auditorio contra la causa que vá á sostener el orador, es muy profunda y decidida, el medio mas conducente á entablar la defensa de esta misma causa, es empezar la prueba con una valiente refutacion de los antecedentes sobre que semejante prevencion se apoya, ó tal vez poner esta refutacion en lugar del exordio. En semejante evento parece imposible edificar sin destruir préviamente y despejar por este medio el campo. ¿No considerais perdidos cuantos argumentos dirijais para fundar una solicitud en que os halleis interesados, á una persona prevenida fuertemente contra vosotros y contra vuestra causa, mientras no le hagais deponer esta preocupacion, demostrando ante todas cosas, por ejemplo, que

el odio con que os mira, es efecto de informes inexactos y siniestros, y que aspirarais á tal ó cual ventaja, con buenos precedentes y con nobles designios, no por medios reprensibles ni con dañados intentos? Este ejemplo familiar hará mas palpable que otros raciocinios, la exactitud de la doctrina que se acaba de esponer. Conocemos que se necesita mucho talento para empezar un discurso refutando: en esta suposicion hablamos: hablamos en el concepto de que las reglas de la oratoria, como todas las reglas generales, están sujetas á escepcion en casos estraordinarios; y que en ellos es preciso saber dominarlas, y trazarse un camino diferente del que está señalado para los casos comunes. La retórica vale poco para semejantes situaciones; la inspiracion, el genio son el todo.

Parece que el orador sagrado puede adoptar la mayor de las veces el método de rigorosa gradacion en las pruebas; pues generalmente puede contar con la buena disposicion del auditorio, segun queda advertido. Por eso

sin duda el autor de los *Diálogos* que hemos citado con repeticion, se adhiere en este punto á la máxima de Tulio que poco ha aducíamos; y segun ella dice: «es preciso que los oyentes sientan á cada instante mas de lleno el peso de la verdad».

Advertiremos ademas en general que por ningun estilo se confundan entre sí pruebas de distinta naturaleza: que es necesario encadenarlas todas, de suerte que la primera prepare para la segunda y siguientes, y estas sirvan cada una de ellas de apoyo á la que les precede respectivamente: que para la colocacion de las pruebas, ademas de las reglas capitales que se han fijado segun los casos correspondientes, se necesita un tacto delicado, segun el mismo escritor francés; pues «muchas veces, dice, una cosa que pareceria despreciable dicha sin preparacion, será decisiva si se reserva para otro lugar en que el auditorio se encuentre oportunamente prevenido para sentir todo lo que vale»: y por fin, que no conviene estender mucho las pruebas ni multiplicarlas en demasía. Porque, segun la es-

presion de Hugo Blair, «la multiplicacion no necesaria confunde la memoria, y disminuye el efecto que harian pocas bien escogidas: y el esceso en la ilustracion de un asunto, tiene siempre poca fuerza, y enerva el *vis et acumen* que debe ser el carácter distintivo de la argumentacion».

No omitiremos notar que las pruebas van muchas veces envueltas en la narracion; en tal caso, deberá el orador, para no ofuscarlas, interpolar reflexiones vivas y cortas, como lo previene un docto retórico español; y la confirmacion se reducirá á agregar otras pruebas para corroborar la principal.

Nuestros lectores recordarán que hemos recomendado con particular empeño á los que se dedican al púlpito, el estudio de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. Visto es que estos preciosos libros deben servir al predicador de grande auxilio para la prueba de sus asuntos, en la cual deben descollar sobre todo otro argumento. Conveniente será, pues, trasladar aquí la regla que para

el recto uso de las autoridades prescribe un recomendable escritor, tambien compatriota nuestro, en las palabras que siguen, dictadas con mucho acierto en el fondo, si bien en lenguaje algo exótico y vulgar: «No ha de infarcinarse el discurso de autoridades en latin, haciendo una oracion bilingüe, en que la mitad del tiempo bostecen los ignorantes y esten sin ocupacion los entendidos. Las autoridades deben darse de modo que hagan un tejido unido y sin tropiezo con el cuerpo de la oracion, traduciéndolas en la lengua que se habla, literalmente, ó con tal cual perífrasis que no altere los orijinales de donde se sacan; tan entrelazado con el hilo del discurso que solo se distinga por la cita del autor.. No debe individualizarse el libro, el capítulo y número de la cita: arbitrios que se toman para llenar el tiempo, y aparentar lectura, siendo así que las mas veces se ha tomado de otra cita, sin ver ni conocer el orijinal. No obstante, alguna sentencia corta y enérgica suele dar mas gracia á la oracion, y algunas veces mas fuerza al discurso, por no corres-

ponder las voces de la traduccion á la energía de las suyas. Lo mismo digo de aquellos testos de la Sagrada Escritura en que se funda principalmente la prueba y que traen consigo el carácter de la magestad que los dictó. Los oradores que se niegan absolutamente á darlos en la lengua de la Iglesia, y que los enlazan con su discurso del mismo modo que los testimonios humanos, hacen como un platero que pulverizase las piedras preciosas, y las incorporase con el metal en una joya. Estas divinas sentencias han de distinguirse en la pieza con su propio brillo, como el diamante en el oro ó plata con que se engasta».

En cuanto á la refutacion, que ordinariamente se coloca al fin de la prueba, como queda establecido, conviene saber que exige mucho arte. El orador no debe empeñarse en refutar todas las objecciones de sus adversarios. Algunas serán acaso de tan poco peso, que no merezcan la pena de ser rechazadas. De otra parte, aun en las causas mas ventajosas, hay argumentos de tal çalidad, que el orador no puede prometerse disiparlos de todo

punto aun á costa de los mayores esfuerzos. Preferible es, pues, no fijarse en ellos, por no llamar la atencion hácia tamañas dificultades. Ellas encontrarán la respuesta conveniente en las pruebas mas eficaces de nuestra confirmacion; dado que, segun el luminoso principio de Descartes, «no se debe negar una verdad demostrada, aunque tal vez se le opongan dificultades indisolubles». La refutacion mas victoriosa consiste en volver contra el adversario sus propios argumentos: esto se llama raciocinar *ad hominem*.

Los predicadores destruirán en sus discursos las objecciones de los enemigos de la creencia católica, imbuyendo con el mayor celo al pueblo fiel en los principios de la Religion verdadera; pero conviene que se observe la mayor circunspeccion en punto á hacerse ó no cargo de aquellos espresamente, para no escandalizar á los sencillos.

Pasemos á la peroracion, que abraza, como queda advertido, la escitacion de afectos y el epílogo.

Los antiguos hicieron mucho estudio so-

bre la mocion, llamada comunmente *parte patética;* y dictaron gran número de reglas para instruccion de los oradores: reglas tan ineficaces como las que nos dejaron para la invencion de los argumentos en sus *tópicos* ó lugares comunes de que hemos hablado anteriormente. El célebre tratado *de las pasiones* que forma parte de la retórica de Aristóteles, tiene su mérito, y no vulgar, como un trozo de ética; mas un orador no puede esperar grandes resultados de semejantes lecciones. Porque el talento de mover nace con nosotros. El que sienta con mas vehemencia, aquel será el mas propio para desempeñar esta funcion de la oratoria.

Lo único, pues, que el arte alcanza á aconsejar en esta parte al orador, es que procure presentar á su imaginacion con la mayor viveza los objetos propios para mover, y que trate de espresarlos con los colores mas subidos, usando de las figuras de mayor efecto que permita el asunto; pero cuidando de no insistir por largo rato en el empeño de escitar los afectos, convencido de que las

grandes impresiones no pueden ser muy duraderas, segun la doctrina de Quintiliano. Mas nunca repetiremos demasiado que la máxima capital en la materia, es que el orador se halle verdaderamente poseido del afecto que pretende inspirar á su auditorio como lo observaba él mismo clásico escritor. Tal es el único medio de hablar con eficacia al corazon.

Matamoros quejábase de la poca felicidad de los oradores de su tiempo en el desempeño de esta notable parte de su cometido. Para que pudiesen llenarla con mejor éxito, les proponía alguno de los bellos ejemplos que de lo patético ofrecen las sagradas páginas; señaladamente la historia de José reconociendo en Egipto á sus hermanos; los cantares de Salomon; las sentidas lamentaciones de David, de Jeremías y de los demas Profetas; sin olvidar las reglas que sobre el particular asentaron los oradores profanos. Fenelon recomienda tambien á los predicadores la escitacion de los afectos: y al intento les exige que conozcan el corazon humano, la cone-

xion que entre aquellos existe, cuales son los mas fáciles de ponerse en movimiento y pueden servir de resorte para mover los demas; y advierte la oportunidad con que se usa en muchas ocasiones de lo que se llama epílogo.

Este tiene lugar cuando las pruebas hayan sido largas ó complicadas, y el orador considere en esta razon dificil que el auditorio pueda abarcarlas en su conjunto. El epílogo se verifica reuniendo en un punto de vista lo mas conducente á la persuasion que se haya vertido en el discurso. Esta reseña deberá ser muy breve y precisa, y hacerse en términos diferentes de los que se hayan usado en el cuerpo de la oracion.

En alguno que otro autor de retórica sagrada hallamos reprobado el uso del epílogo; pero no nos convencen los argumentos con que se pretende esta esclusion. Redúcense á suponer que, de renovar en este trance las ideas que tal vez no hayan hecho especial impresion al auditorio, sobre todo si las habian borrado otras de mas interés, resultará debili-

tado el discurso con semejante repeticion. El alegar este raciocinio equivale á perder de vista que el epílogo ha de hacerse con el tacto mas esquisito, como que realmente es una de las partes mas críticas de la oracion: tacto que supone una calificacion bien entendida de los rasgos de mayor efecto en el discurso. Insistimos, por otro lado, en que el epílogo no es propiamente una repeticion de las pruebas; sino, por decirlo asi, la quinta esencia del discurso, presentada bajo un aspecto nuevo en la forma, y en términos los mas apropósito para que esciten el mayor interés posible las especies que en él se reproducen.

Tambien se alega que no es general en los grandes predicadores el uso del epílogo. Convenimos en ello: tambien hemos dicho que solo se emplee en circunstancias dadas. Cuando estas lo reclaman, vémosle puesto en práctica por los oradores sagrados como por los profanos; de lo cual pudiéramos alegar multitud de ejemplos. Pero el estudio de los modelos de ambos géneros, enseñará á calificarlos con presencia de las esplicaciones que

acabamos de dar; y enseñará á emplear el epílogo en los casos que le reclamen.

Lo que de un modo especial se llama conclusion, lo constituyen en los sermones las consecuencias morales que se infieren de la doctrina espuesta, y una breve deprecacion que el predicador hace á Dios por su auditorio. Escusado es advertir que en estas últimas palabras es donde el orador debe mostrarse mas enérgico y eficaz, es donde ha de procurar hacer una impresion mas profunda en los ánimos de sus oyentes. ¡Feliz el predicador cuando las espresiones con que ha concluido un sermon, quedan profundamente grabadas en los corazones de los fieles, y son como una leccion notable que repiten con fervor, y les sugiere tal vez reflexiones profundas, pensamientos santos, resoluciones plausibles!

Este es el lugar de decir dos palabras sobre lo que se llama *uncion* en los predicadores; asunto sobre el cual no están conformes los autores de retórica sagrada. Unos la confunden con la conviccion, ó lo que es rendir el entendimiento, como dice un escritor;

otros por la mocion, ó lo que es grangearse los afectos; otros por la compuncion, que es la especial mocion de la verdadera penitencia. «Lo cierto es, continúa el mismo, sino me engaño mucho, que la *uncion*, en materia de sermones, es aquella que el Espíritu Santo derrama en los corazones del auditorio mediante las palabras del predicador; y que ni es dote que da la naturaleza, ni escelencia que se adquiere con el arte: y lo que es mas, tampoco es don que se liga á la mayor santidad é ilustracion del que predica. Los nuevos metafísicos de la retórica que han introducido esta voz, no atinan, como hemos visto, con su esencia; pero si hemos de conciliarlos, y buscar otro género de uncion en la naturaleza ó en el arte, que no conocieron los antiguos maestros de retórica, podremos decir que tiene uncion el predicador que se hace oir atentamente, y que domina el entendimiento y el corazon de sus oyentes; lo cual conseguirá si trata los asuntos del modo que se ha indicado, y como los trataron los varones apostólicos. Cualquiera que hable de par-

te de Dios, se ha de conciliar no solo la atencion sino tambien el respeto: y anunciando la palabra de Dios, es preciso que rinda y domine el entendimiento y la voluntad. La palabra de Dios es la verdad, la luz; y lleva consigo la fuerza y la energía. Por cualquier conducto que esta palabra venga, es de Dios, y trae consigo su carácter: ora abrasa como fuego; ora corta como una espada; ora se introduce é insinúa en el alma, como blando rocío en el seno de la tierra».

CAPITULO 8.°

Despues de haber esplicado en general las partes de que constan los discursos oratorios y de haber hecho las aplicaciones oportunas á los discursos sagrados, réstanos hablar de las especies mas comunes de estos, esponiendo las reglas á que respectivamente deben atemperarse.

Cinco son las especies principales de dis-

cursos sagrados: á saber, *sermones de misterio ó dogmáticos*; *sermones morales*; *panegíricos; elogios fúnebres; oraciones de accion de gracias*. Hablaremos separadamente de cada una de ellas; y al fin nos haremos cargo, aunque rápidamente, de las *homilías*.

Sermones dogmáticos. De dos modos se han tratado en el púlpito esta clase de asuntos. Algunos oradores esplicaban el fondo del misterio correspondiente, y demostraban su existencia con abundantes citas tomadas de la Biblia y de los Santos Padres; con lo cual formaban discursos especulativos, disertaciones académicas sobre puntos de teología, mas bien que sermones, digámoslo asi, prácticos y propios para obrar sobre el corazon de los oyentes. Otros han solido esponer los misterios en lenguaje figurado, añadiendo á esta esposicion aplicaciones ingeniosas, y procurando escitar al fin sentimientos piadosos y acendrados.

La sencilla indicacion que hemos emitido acerca del primero de estos sistemas, hará suponer desde luego que no le aprobamos. Con

efecto, no es acertado trasladar á la tribuna evangélica el estilo árido que es propio de las escuelas: no es acertado limitarse en el púlpito á convencer, absteniéndose de persuadir, lo cual es, como en su lugar queda advertido, el término y el carácter distintivo de la elocuencia. Ni, por otro lado, es prudente que un predicador hable al pueblo como catedrático de teología: porque, segun dice un escritor, «pocos y aun poquísimos habrá entre sus oyentes que puedan seguirle en las abstracciones metafísicas; pocos y poquísimos que duden de las verdades de la Religion, que han mamado con la leche. No es un catedrático de teología; es un ministro del Evangelio: es un maestro de moral; y asi debe ceñirse á recordar las verdades que en la práctica parecen olvidadas, aunque estén sabidas, y á escitar en el auditorio la resolucion de acomodar su conducta á aquellos principios que no niegan ni tampoco ignoran; pero de que por desgracia se desentienden con frecuencia, porque se abandonan á la voz de sus pasiones».

No es esto decir que no convenga tronar á veces contra la impiedad, y probar las verdades que enseña la Religion; sino que en ningun caso han de aplicarse el tono y el sistema de la cátedra á la enseñanza del púlpito, ni se han de perder de vista las circunstancias del auditorio al cual se dirige la palabra.

Nos adherimos, pues, al segundo de los métodos insinuados para la composicion de los discursos dogmáticos: pero con la advertencia de que la esposicion del misterio no debe formar lo principal del discurso (su propio lugar es la narracion, segun se inferirá de lo que se ha dicho en el capítulo inmediato), sino las máximas que de aquel se deduzcan para fomentar las virtudes que deben adornar al cristiano que le cree y admira. Asi por ejemplo, en los misterios de la venida del Mesías, deberá el predicador proponerse mover à sus oyentes al agradecimiento de tan singular beneficio, al amor del que se dignó dispensárnosle, y al odio del pecado que nos priva de sus frutos: y en los misterios de la

Pasion, mediante los hechos consignados en tan santa y dolorosa historia, y por las circunstancias que los califican, ya de la persona, ya de la causa, ya de la afrenta, procurará escitar igualmente al amor hácia un Dios que sufre, y al aborrecimiento de la culpa que le obliga á padecer. El ingenio ha de mostrarse en el órden, testura, ampliacion y giro del discurso, con sujecion á los principios inmutables de la fé y la moral, á los testimonios invariables de la Escritura, y á las autoridades y esposiciones de los Padres. Creemos escusado insistir en que no deberán acumularse demasiados testos de unos y otras, como lo hacian los escolásticos cuyo método en este particular queda censurado. Un número regular de citas hechas con arreglo á lo que observábamos al tratar de la confirmacion, y enlazadas y esplanadas atinadamente, hará mejor efecto que el hacinamiento de muchos pasages mal combinados y traidos sin oportunidad.

Sermones morales. En ellos es donde el predicador ha de proponerse mas directamen-

te el término que hemos fijado á los dogmáticos; por eso puede decirse que los discursos morales son los únicos sermones propiamente hablando.

Al tratar de los sermones morales, un autor distinguido nos pone á la vista la conducta seguida en ellos respectivamente por los célebres oradores franceses Bourdaloue y Massillon. El primero procuraba siempre elegir asuntos del mayor interés, deducidos del testo del Evangelio; despues de manifestar con toda claridad su objeto, asentaba principios sólidos y luminosos; y pasaba en seguida á la parte moral, valiéndose de una série de inducciones fuertes y luminosas, y de retratos, donde, sin designar personas, hacia odioso el vicio, conducia por grados al auditorio á sacar consecuencias saludables, y á formar resoluciones conducentes á la correccion de las costumbres. Massillon, mas florido en su estilo, pero claro y vehemente como Bourdaloue, suponiendo ó estableciendo los principios desde las primeras frases de sus discursos, apelaba á razones segun las cuales cada uno

de por sí, aun sin conocimiento de la ley ni de la necesidad de obedecerla, se pusiese en el caso de ser juez de sí mismo. Buscaba estas razones en el corazon de sus oyentes, y en el apego que cada cual tiene á sus pasiones: y alli descubria el inagotable manantial de frívolos pretestos y de medios términos que imagina el hombre para aliar á Dios con el mundo. Cada uno se reconoce en los cuadros vivos y naturales en que el insigne obispo francés pinta el corazon humano, y muestra los resortes que le hacen obrar; de suerte que cada uno cree que á él solo se dirige el discurso y que el orador le tuvo presente; y de aqui el efecto prodigioso de las palabras de Massillon.

Se ha notado que la mayor parte de los oradores sagrados, especialmente en España, han mirado los discursos morales como la ampliacion del testo. Este les sirve como de proposicion que abraza todo el asunto de que van á tratar, y de él derivan el exórdio, ya que en su lugar de él no espliquen un punto de doctrina cristiana, que á veces tiene un

enlace inmediato con el sermon, y otras no; en cuyo último caso suelen entrar como de repente en el cuerpo del discurso.

En cuanto al artificio retórico de los sermones morales, nada mas de particular ocurre advertir sino que las narraciones son en ellos de poco uso, y que el orador debe esforzarse grandemente en la parte patética, para preparar el acto de contricion con que en lo ordinario concluyen. A estas indicaciones añadiremos un estracto de lo que el autor últimamente aludido dice sobre el punto que nos ocupa; á saber, que en estos sermones las virtudes y los vicios deben pintarse con los colores mas vivos, para que esciten la imaginacion de los oyentes y conmuevan sus corazones. Porque en una nacion ilustrada muy pocas veces se quebranta la ley por ignorancia; siendo lo mas comun dejarse llevar de los falsos atractivos del vicio, de los malos ejemplos ó de las pasiones, cosas todas que nacen de la imaginacion: asi que á esta mas que al entendimiento debe dirigirse el predicador. Eso no obstante, en muchos casos con-

vendrá inculcar la verdadera inteligencia de los preceptos; no porque estos se ignoren de todo punto, sino porque no se entienden como es debido, ó porque no se sacan de ellos las consecuencias regulares, ni se les dá la aplicacion que reclaman.

Los escritos de los Padres de la Iglesia y de otros autores ascéticos que, ademas de ser piadosos y eruditos, se señalen por su ciencia y discrecion, subministrarán materia para enriquecer un discurso moral con hechos y sentencias oportunas y edificantes.

Al género de que vamos hablando, pertenecen los sermones de mision. Asi que las reglas que acabamos de dictar, convienen á estos de todo punto. Bueno será no obstante añadir á esta advertencia, que por mas que las misiones se dirijan en lo comun á escitar la atricion, usando al afecto de pinturas fuertes de los tormentos eternos y otras por este órden, y de ejemplos que se tienen por conducentes á aquel fin, no por eso se debe descuidar todo aliño en estos discursos, ni usar de gritos descompasados, impropios de un

orador evangélico. Si se creen precisos casos particulares para producir en el auditorio sensaciones profundas, esos ejemplos tómense de autores no solo piadosos sino tambien dotados de un buen criterio. Hacemos estas ligeras prevenciones sin ánimo de rebajar en lo mas mínimo el mérito de nuestros celosos misioneros, sin alusion alguna á los discursos de tan recomendables varones; sino con el síncero deseo de prevenir aun el menor abuso en la materia de que se trata: porque abusos de esta especie pudieran dar ocasion á que la gente poco acostumbrada á distinciones, hiciese refluir en descrédito de una clase venerable lo que solo pudiera imputarse razonablemente á alguno de sus individuos.

Tambien se pueden contar entre los sermones morales los de rogativa. En estos sermones la calamidad que motiva las súplicas al Cielo, ha de presentarse como uno de los medios de que se vale la justicia divina para castigar nuestros pecados; mas el orador no debe proponerse aterrar mas de lo necesario para apartar á los pecadores de sus vicios, y

no ha de olvidarse de ofrecer á estos la idea consoladora de que Dios es un padre lleno de bondad y misericordia, que no quiere la muerte de sus hijos, sino su conversion y enmienda. Por lo mismo, en el caso de que se trata se aconseja al predicador que se dedique á probar que aquella calamidad es un efecto de la ira divina, y que las maldades de los hombres escitan á cada momento la justicia del supremo juez; «para que asi convencido el pueblo (dice un autor) de esta verdad, se vuelva á Dios, de cuya mano únicamente puede venir el verdadero consuelo; y con la enmienda de los vicios y la práctica de las virtudes, arranque, por decirlo asi, el azote de las manos del padre enojado, y perdonando á los hijos inobedientes, los vuelva á su divina gracia». Si la calamidad amenaza muy de cerca, parece natural que el exórdio de estos discursos sea vehemente; la peroracion debe serlo en todo caso, para escitar al pueblo con eficacia á un verdadero arrepentimiento de las culpas y á un firme propósito de la enmienda.

Panegíricos. Los antiguos daban este nombre á los elogios de los personages insignes, muertos ó vivos; elogios de que se nos ofrecen ejemplos en las colecciones de los autores ilustres, asi griegos como del Lacio. En la oratoria sagrada se llaman panegíricos los sermones dedicados á la memoria de los Santos, con los cuales se solemnizan los aniversarios ó fiestas de los mismos.

El espíritu de la Iglesia en estos cultos es ponernos á la vista los ejemplos de la imitacion de Jesucristo y observancia de su ley, para estimularnos á la una y la otra, convenciéndonos, en la vida de los santos que celebramos, de que todo nos es posible y hacedero, con el auxilio de la divina gracia, en cualquier estado ó condicion en que nos haya colocado la Providencia. Resulta de aqui que el panegírico debe ser, digámoslo asi, un tegido de la narracion de las virtudes del Santo, y de reflexiones morales que de la misma se deducen para nuestra edificacion. Ambas á dos circunstancias deben resaltar á la vez en los discursos que nos ocupan en este mo-

mento; y de aqui la no liviana dificultad que ofrece su composicion.

Los maestros de oratoria sagrada conocen dos métodos para el desempeño de los panegíricos, el *natural* y el *artificial*. El primero consiste en referir la vida y hechos del santo, desde su nacimiento hasta su muerte, añadiendo los anuncios singulares que tal vez precedieron á su venida al mundo, y hasta los prodigios que el Señor obró por su intercesion, segun el dictámen de algunos. Este sistema, adoptado con bastante generalidad por los principiantes, es ocasionado á inconvenientes del mayor bulto: el elogio del Santo puede ser, si se quiere, cumplido por tal medio; pero las instrucciones morales apenas pueden acomodarse á él en términos que hagan la profunda impresion que es de desear. Tenemos, pues, que es dificil satisfacer por este método una de las exigencias que la Iglesia impone á sus ministros en los elogios de los bienaventurados. Ademas, siguiendo el órden natural, el orador apenas puede dar interés al discurso, que en último resultado viene á

ser una rápida reseña de la vida del Santo; reseña que ninguna novedad ofrecerá cuando se trate de uno muy conocido, y cuyos principales hechos estén grabados en la memoria de los oyentes.

Por tanto es preferible el orador que se llama *artificial,* y consiste en elegir una, dos ó tres acciones capitales del personage que se celebra, ú otros tantos rasgos de sus virtudes sobresalientes, y en referir á estos puntos culminantes todo lo demas que se juzgue digno de especial mencion en la historia de su vida. Este sistema es tanto mas racional, cuanto entre los hechos de los bienaventurados por maravilla deja de ofrecerse un pequeño número de ellos, un pequeño número de circunstancias que formen como la base, el compendio de todo su elogio. Por otro lado, la íntima conexion que entre sí tienen las virtudes, proporciona referir, cuando se observa la escelencia de una, otras diferentes; cuya observacion es aplicable á las acciones que son el resultado de las virtudes. De lo indicado infiérese que, adoptando el órden artifi-

cial, desaparecen los inconvenientes á que el natural está espuesto; y que en el primero será muy conciliable unir la narracion de los principales sucesos que ocurran en la vida del Santo, con las instrucciones morales á ellos análogos; fácil ademas dar interés al relato histórico propio de esta clase de discursos, y á la vez prestarle novedad, por mas que sea vulgar el conocimiento de las virtudes y demas cualidades que distinguieron á aquel; como tambien dar al panegírico la forma oratoria correspondiente, animándose por grados el predicador, desde el mero relato de las acciones que entran en su plan, hasta los pasages mas patéticos de sus exortaciones morales.

Por lo demas, es claro que cada uno de los métodos espuestos reclama una distribucion especial en el discurso.

Adoptado el natural, tendrá exórdio; narracion, que formará el cuerpo del panegírico; carecerá de confirmacion propiamente tal; y la peroracion habrá de reducirse á ofrecer un cuadro complexo de las virtudes ó hechos espues-

tos en los diversos períodos ó estados de la narracion, escitando en su virtud al auditorio á imitarlos, para merecer un galardon semejante de Dios remunerador.

Si se sigue el órden artificial, despues de un exórdio templado, la proposicion vendrá à manifestar el punto de vista bajo el cual el orador se dispone á ofrecer á la consideracion del pueblo fiel al bienaventurado á quien consagra el panegírico. Siendo la proposicion bien elegida, y anunciada que sea con cierta novedad agradable, recomienda desde luego á su autor, y le grangea la atencion y benevolencia del auditorio. Exordio y proposicion, ambas á dos partes se deducen en lo general del testo que encabeza el discurso; tal ha sido la conducta de los predicadores mas notables. La proposicion puede ser siemple, ó enunciarse con division cuando el asunto lo exige: y decimos «cuando el asunto lo exige» porque asi respecto de estos como de los demas discursos sagrados, estamos muy distantes de aprobar las opiniones y la conducta de ciertos oradores, tal vez recomendables

por su instruccion, que creen que no es bueno y conforme á las reglas del arte un sermon, sino consta de dos partes á lo menos. Lo que digimos en el capítulo anterior inmediato, hablando de las divisiones y esponiendo la doctrina del ilustre arzobispo de Cambray á ellas concerniente, envuelve la refutacion de aquella doctrina, en nuestro concepto no poco desacertada. La confirmacion abrazará, en los panegíricos, la prueba del aserto ó asertos que se hayan aducido en la proposicion: en esta prueba se intercalarán, como vá insinuado, los sucesos principales de la vida del Santo, acompañados de reflexiones: de suerte que en tal sistema no hay narracion propiamente hablando. Seguirá la peroracion, en que, convencido ya el auditorio de las virtudes y de los hechos ejemplares que oyó celebrar, pueden renovársele las impresiones de los mismos, mediante una recapitulacion ó un epílogo hecho segun las reglas generales respectivas que se han dado á su tiempo, á fin de escitarle con ahinco á la imitacion de tan insigne modelo.

Los principales defectos que hay que evitar en los panegíricos, son: 1.º La vaguedad en los elogios, de suerte que puedan convenir á la generalidad de los Santos, los tributados á uno en especial; es decir, que debe caracterizarse al que es objeto del panegírico con la mayor precision posible, de modo que apenas quepa acomodarle á un personage distinto. 2.º La exageracion en las calificaciones de los Santos elogiados, estendiendo sus prerrogativas y gracias mas allá de lo que ha definido la Iglesia. Este defecto, segun han notado algunos teólogos, ha solido ser mas comun que en otros casos, en los elogios de María Santísima, en los cuales, dicen, tal vez no se ha tenido en consideracion que, si bien esta privilegiada Señora es incomparablemente mayor que todas las criaturas, no por eso deja de serlo. 3.º Las comparaciones de los Santos entre sí, á fin de colocar en línea superior á aquel á quien se dedica la fiesta. En ello hasta cierto punto se permite decidir por sí un pobre mortal el grado que tienen respectivamente los bienaventurados en la pre-

sencia de Dios; temeraria presuncion de que debe estar muy distante el orador sagrado. Tampoco acredita mucho talento recurrir al vituperio de unos para aplaudir á otros. 4.° Pintando los premios que el Señor reserva en la gloria á sus escogidos, debe huirse de toda espresion que tienda á presentar como inasequible á los esfuerzos del hombre, auxiliado por la gracia, la eterna felicidad, siempre que, si, cual quisiera imitar al santo, objeto del panegírico, en su bienaventuranza, le quiere imitar en la vida mortificada y pura que le condujo á ella.

Elogios fúnebres. Se distinguen de los panegíricos en que aquellos tienen lugar con inmediacion á la muerte de los personages á quienes se dedican; y estos, por lo comun, mucho tiempo despues de haber dejado de existir los que les sirven de objeto.

Los elogios fúnebres luchan con el inconveniente de que en ellos se aplauden cualidades y hechos que no han sido juzgados ni examinados por la Iglesia; al paso que los panegíricos recaen sobre virtudes calificadas

solemnemente por esta santa madre, y propuestas á los fieles como objeto de imitacion. De aqui es que para las oraciones que en este momento nos ocupan, suele en ciertos casos ofrecerse escasa materia á los encomios del orador sagrado; y por esta razon muy prudentemente se ha circunscrito á un escaso número de dignidades el tributo de estas alabanzas. La misma importancia de las personas á quienes están reservadas; la proximidad de su muerte, que apenas da lugar á que se hayan enjugado las lágrimas por ella escitadas; la consideracion de que, atendidos estos precedentes, el orador se erije en semejantes casos en intérprete del dolor público; todo ello reclama que en los elogios fúnebres sean grandiosos los conceptos, escogida y de especial efecto la espresion. A este caso suele aplicarse lo que decia Quintiliano, hablando de la elocuencia propia del género demostrativo: á saber, que admite todas las galas del arte, el frecuente uso de las metáforas, la belleza de las figuras, las oportunas digresiones, los pensamientos brillantes, la armonía en la

diccion; en una palabra, cuanto hay de magnífico y brillante en la oratoria. «Un elogio, dice cierto escritor, es una corona; es pues preciso adornarla de flores.»

Las oraciones fúnebres suelen reducirse á lo siguiente: alabar al difunto: proponer su conducta como ejemplar digno de ser imitado; consolar á su familia y amigos, al pueblo ó á la nacion que lamenta su muerte; rogar á Dios por su eterno descanso.

En cuanto al artificio de las oraciones fúnebres, es semejante al de los panegíricos, pudiendo seguirse en ellas, ora el órden natural, ora el artificial. Hablaremos en el supuesto de que se adopta el último, por las razones espuestas en otro lugar: sobre todo, para evitar lo árido y desagradable de la narracion.

Asi que la oracion fúnebre constará de: un testo que abrace un rápido elogio del difunto, el cual, dice un escritor, tendria la mayor oportunidad si fuese tal que pareciese pronunciarle el personage á quien se llora: un exórdio vehemente é impetuoso,

siendo como es natural que el orador manifieste desde sus primeras palabras que se halla vivamente dominado por el profundo dolor de que asimismo supone poseido á su auditorio; exórdio interrumpido, si le parece oportuno, por suspiros, quejas, esclamaciones, aunque parezcan desordenar algun tanto el discurso, á fin de que por tal medio queden suspensos los oyentes, mientras el orador va desenvolviendo su plan con tal disimulo que apenas se advierta su tendencia hasta que llega á la proposicion; esta y la division en su caso, son, como dice un autor recomendable, las mas bellas pero las mas difíciles partes de la oracion fúnebre; pues es preciso que el orador se guarde de esplicar el testo de un modo demasiado complexo, y que deje ver como un camino llano para llegar á la division: confirmacion desempeñada bajo el sistema general de los panegíricos, pero acomodándole al carácter que queda descubierto en los elogios de que ahora se trata: y peroracion, que abrace en lo comun un epílogo y una breve súplica por la verdadera felicidad del

muerto, siendo la fórmula de la conclusion *requiescat in pace.*

Bossuet ofrece ejemplos admirables de oraciones fúnebres: en ellos hay elevacion, magestad, poesía. La conclusion de la dedicada á la memoria del príncipe de Condé es, en frase de Chateaubriand, « el último esfuerzo de la elocuencia humana.» Flechier es tambien notable en este género, aunque no de un mérito tan superior; su obra maestra en esta parte, es el elogio del mariscal Turena.

Los sermones fúnebres dirigidos á los individuos de ciertas clases, como militares, miembros de congregaciones religiosas, v. g. sacramentales, hermandades etc. etc., y los que se dirigen á todos los fieles en general y suelen titularse sermones de ánimas, siguen las reglas de los sermones morales; y por lo mismo, nada añadiremos aqui en su razon.

Oraciones de accion de gracias. En ellas el orador procede casi ligado en la eleccion del asunto. Su objeto es patentizar los beneficios y las misericordias del Señor en alguna victoria señalada é importante; en la salvacion

despues de un peligro conocido é inminente; en la curacion perfecta de una enfermedad que humanamente no era de esperar; en el nacimiento de un sucesor deseado para el bien de una monarquía; en la exaltacion de un pontífice ó monarca; y en otras circunstancias semejantes. Estas oraciones terminan á bendecir al Señor en sus obras, infiriendo de su divina beneficencia los motivos que obligan nuestra gratitud y nuestro amor, mediante el conocimiento de las flaquezas y necesidades humanas socorridas por su bondad inagotable.

En los discursos de este género suele emplearse un exórdio impetuoso, porque el orador y los oyentes se suponen animados del mas vivo placer por el favor que los motiva; exórdio breve, porque no existen los objetos á los cuales se dirige esta parte de la oracion. La proposicion y division apenas se formulan; y suele seguir al exórdio la confirmacion, en que se amplifica la gracia á que se refiere el discurso, considerándole bajo todos aspectos y calificando sus resultados. Solo en el caso de

que alguna de estas últimas circunstancias ofrezcan consideraciones de suma trascendencia, convendrá emplear la division, para hacer mérito de cada una de ellas en especial. En la peroracion se han de escitar la gratitud y admiracion hácia la bondad divina, y el deseo de observar los preceptos del Señor, que es el sumo bien y á quien todo lo debe el hombre. La narracion no cabe en estos discursos, siendo asi que se trata de hechos públicos, de hechos que constan plenamente al auditorio.

Estos discursos deben ser cortos, animados y bellos. La referencia de los hechos ha de ajustarse escrupulosamente á la verdad. Se deben evitar los augurios y cálculos arbitrarios. Sobre esto dice un escritor español: «no suelen ser ocultas las razones por las cuales concede Dios sus beneficios. El mismo que los hace, tiene cuidado de dejar que se trasluzcan los motivos para su gloria y nuestro aprovechamiento. Descubiertas estas razones, se abre á la vista un campo dilatado, que da materia para muchas acciones

de gracias, sin vestir ni enmascarar las cosas de ropages agenos.....»

Concluyamos este capítulo con dos palabras sobre las *homilías*. Estas no son otra cosa que esplicaciones del Evangelio sencillas y destinadas á la instruccion del pueblo cristiano. No están sujetas al artificio retórico propio de los sermones y demas discursos que nos han ocupado. Suelen constar de una brevísima introducion; de una narracion en que se refiera ó estracte el testo evangélico respectivo; este testo se interpreta á seguida conforme á la doctrina uniforme de los Santos Padres, fijando, segun ella, los puntos capitales que ofrece; de ellos se deducen las reflexiones morales oportunas; y se exhorta por fin á los oyentes á practicar las virtudes que resultan recomendadas y á evitar los vicios que se reprueban, con las oportunas referencias á las circunstancias del auditorio en general, sin alusiones á personas determinadas.

Esta clase de discursos no exige adornos, ni figuras galanas ó vehementes; el estilo ténue y casi familiar les es mas propio. Su fre-

cuente uso es muy digno de recomendarse; siendo cierto, como lo observa Fenelon, que es bastante general la ignorancia aun de los pasages mas notables de la historia de nuestra Religion augusta.

CAPITULO 9.°

En los capítulos inmediatos hemos espuesto las reglas principales de la oratoria del púlpito, en el sentido estricto de esta voz, una vez que en ellos nos hemos hecho cargo de las partes que deben constituir un sermon, y de las especies mas notables de discursos sagrados. En el capítulo presente hablaremos, aunque con rapidez, del estilo de estos, y ventilaremos en seguida algunas de las cuestiones mas importantes que se agitan sobre puntos análogos á los que nos han ocupado últimamente.

Hablemos, pues, del estilo propio de los predicables. El P. Gaichies, en sus « máxi-

mas para el ministerio del púlpito, » afirma que el estilo mediano es el que debe preferirse para esta clase de discursos. Mas tal opinion no es del agrado de otros escritores inteligentes que han tratado del mismo asunto. De lo que hemos dicho anteriormente en varios lugares de esta obrita, se inferirá fácilmente que estamos de acuerdo con los últimos. Lo que hácia el fin del capítulo segundo manifestábamos, al hablar del tercero de los deberes propios del predicador, y lo que indicamos acerca del estilo propio de los panegíricos y elogios fúnebres, y de las oraciones de accion de gracias, desde luego convencerá á nuestros lectores de que opinamos que la oratoria del púlpito reclama frecuentemente el estilo sublime. Sobre los sermones de misterio y morales añadiremos con un autor español: «los misterios son unos panegíricos tanto mas sublimes, cuanto escede la augusta materia de ellos á la de los panegíricos de los Santos. En los sermones morales mas que en ningunos otros se necesita el estilo sublime, para turbar, abatir y para vencer la resisten-

cia del corazon.» Dedúcese de aqui que, á escepcion de las homilías, para las cuales se reserva el estilo sencillo y familiar, de todos los predicables es propio el estilo sublime.

Pero cuenta que cuando esto decimos, no se incurra en la equivocacion de interpretar nuestras palabras en el sentido de que haya de ser sublime el todo de un sermon. Esto seria pretender un imposible. El estilo sublime señala un esfuerzo de la elocuencia, señala una situacion estraordinaria, digámoslo asi: es, pues, un caso de escepcion, un vuelo del alma que del estilo medio se levanta á cierta altura superior, escitada por los objetos que se le ofrecen.

En cuanto á la adquisicion de un buen estilo, nada contribuirá tanto á este fin, como la lectura contínua de los modelos escogidos. Familiarizados con ellos, á fuerza de trabajos de composicion sobre materias que nos sean bien conocidas, esmerándonos en acomodarnos siempre á la capacidad de los oyentes ó lectores, y con la prevencion de no sacrificar los pensamientos al esmero en el estilo, es

como lograremos perfeccionar este, segun las máximas de Quintiliano.

Mas ya que de modelos hablamos, no dejaremos de añadir dos palabras para desenvolver esta indicacion. Dicho está en otro lugar que los modelos esenciales del orador evangélico son las divinas Escrituras, y las obras de los Padres, bajo las precauciones que van insinuadas respectivamente. Por lo que hace á España, hallaremos mucho bueno que imitar en punto al fondo de la doctrina y al estilo y lenguaje, en los dos Luises, autores clásicos en toda la estension de la voz; hablamos de los maestros Leon y Granada, cuyas obras místicas, sobre todo las del último, mas particularmente dedicado á este gènero, ofrecen escelentes trozos á la meditacion de los dedicados al púlpito. Los franceses, formados bajo el magisterio de nuestros varones insignes, como algunos de ellos ingénuamente lo reconocen, han rayado muy alto en el ejercicio de la predicacion en época no remota. Bossuet puede llamarse el Demóstenes de los últimos tiempos. Hay no poco que admirar y meditar

en sus sermones, y particularmente en sus oraciones fúnebres, antes de ahora recomendadas en este libro. Bourdaloue y Masillon son tambien predicadores magistrales; el primero es sobresaliente en el raciocinio; el segundo descuella en lo patético y persuasivo, siendo asombrosos los efectos que han producido algunos de sus sermones. El dulce Fenelon es notable tambien en lo patético, y hay en sus discursos mucha viveza y brillantez. Los mas de los predicables de estos oradores distinguidos han sido trasladados á la lengua patria; pero no todos con igual acierto. Es de desear una coleccion de las piezas mas selectas que andan diseminadas en las obras de todos los que acabamos de citar y algun otro de sus contemporáneos, vertidas en un lenguaje que corresponda en lo posible á su mérito oratorio. Acaso mas adelante nos dediquemos á satisfacer, en lo que nos sea dado, esta necesidad que sentimos.

Podrá preguntarse si los sermones deben ser largos ó de limitada duracion. El arzobispo de Cambray, en su tercer diálogo,

aconseja que sean cortos, ofreciendo en apoyo de su dictámen la observancia de los primitivos tiempos de la Iglesia. Este voto y la razon en que se apoya, son dignos de tomarse en consideracion, por mas que no le hayan respetado mucho los aficionados á sermones divididos en tres partes, que es el máximum á que se puede llegar en la materia. Creemos que el espacio de media hora es una medida regular en este asunto para los que no pronuncien con demasiada lentitud.

Han pretendido algunos introducir dudas sobre si seria ó no conveniente usar desde el púlpito el arma del ridículo para las censuras morales y otros fines semejantes. Esta cuestion se resuelve fácilmente con las palabras que transcribimos de un autor, y dicen asi: «No es el púlpito el lugar acomodado para pintar el vicio por lo que tiene de ridículo, sino por lo que hay en él de odioso, de funesto á la sociedad y contrario á la Religion. Bastaria un poco de ingenio para ponerle en ridículo, lo cual pertenece al poeta; mas el orador, que tiene que patentizar toda la de-

formidad y peligro de las acciones viciosas, necesita ser vehemente y grave en sus discursos.» Tenemos, pues, por impropio del carácter del orador sagrado el uso del ridículo; y aun pudiéramos añadir, que manifestaria sentimientos poco conformes á la caridad evangélica en el mero hecho de burlarse, ora de los errores, ora de la corrupcion de sus hermanos en Jesucristo.

Podrá ofrecerse ademas como punto de consulta la conveniencia ó no conveniencia de mezclar con los testos sagrados y eclesiásticos, citas de autores profanos, sin escluir los gentiles. Maestros hay que recomiendan esta práctica diciéndonos tal vez que esta combinacion de autoridades de tan distinto orígen hace recordar el templo de Jerusalen, edificado en parte con los mármoles y los cedros del rey Hiram. Algunos santos Padres han recomendado estas citas; y las han usado en sus obras y discursos, asi ellos como otros predicadores de primer órden. No reprobaremos, pues, aquellas cuando se traigan oportunamente para confirmar los argumentos de razon, subor-

dinándolos á la autoridad incomparablemente mayor de la Escritura y de los doctores de la Iglesia, y no se multipliquen demasiado. «Conviene, dice un escritor de elocuencia sagrada, no abusar de esta licencia, especialmente en los sermones morales. Asi no se acusará al predicador de haber fundado las pruebas en una autoridad profana; y ademas parece que es ofender igualmente la piedad y el buen gusto, valerse en el púlpito de las ideas paganas, cuando se hallan otras mejores y mas bien espresadas en la Escritura y en los Padres de la Iglesia.

Por fin, se nos ofrece una cuestion de no leve interés que ventilar: á saber, si será conveniente que el predicador aspire á improvisar sus discursos, á lo menos en parte, ó deberá tomar de memoria el todo de ellos, despues del esmerado trabajo escrito correspondiente. Para resolver esta controversia apelaremos á la autoridad del arzobispo de Cambray, tantas veces citado en la presente obrita.

En el segundo de sus Diálogos, Fenelon

trata este punto en jeneral y sin contraerse determinadamente á los sermones; y plantea y resuelve la cuestion en los términos que vamos á manifestar. Por una parte supone un hombre que ha compuesto materialmente todo su discurso, y que le aprende de memoria sílaba por sílaba; por otra, una persona instruida que se posee del asunto que va á tratar, y tiene mucha facilidad en el decir (en el concepto de que solo son capaces de tal empresa los hombres de talento); una persona que se fija sólidamente en todos los principios del asunto sobre que va á hablar, que prepara las espresiones de mayor efecto, por las cuales quiere hacer perceptible su doctrina; que dispone metódicamente todas las pruebas, y hace prevencion de cierto número de figuras patéticas: esta persona se halla en aptitud de hablar con acierto y decir cada cosa á su tiempo; y para la ejecucion de su plan solo le faltan las espresiones comunes que haya de verter en el cuerpo del discurso; espresiones que fácilmente se ocurrirán á un hombre cual el que se supone. Acaso no se

le ofrecerán tan exactas y brillantes como si las hubiese buscado despacio en su gabinete; pero de aqui se seguirá que solo ha de desmerecer el discurso algun tanto en punto al ornato; y en recompensa ¿cuánto no ganará si se atiende á la mayor libertad y eficacia de la accion, que es lo que mas importa? Se dá por asentado que la persona de quien se habla, se habrá ejercitado mucho en escribir, segun lo exige Ciceron; que ha leido los mejores modelos, y reune otras circunstancias ya mencionadas. No hay duda: este hombre se espresará con energía, método y afluencia. Sus periodos no serán acaso los mas propios para halagar el oido; mas por eso no dejará de ser buen orador. Sus transiciones no serán muy delicadas; eso no importa; á pesar de que puede haberlas meditado sin aprenderlas materialmente. En todo caso, en estos mismos descuidos de tan poca monta, se parecerá á los oradores mas elocuentes de la antigüedad, que creyeron que por tal medio imitaban á la naturaleza mas bien que ostentando demasiada preparacion en sus discursos. Bajo tal

sistema, se observarán acaso algunas repeticiones, aunque no muy reparables; y esto mismo servirá de placer al oyente, reconociendo en las esplicaciones del orador á la naturaleza que suele repetir lo que mayor efecto le causa: estas repeticiones harán que las verdades queden mas impresas; y con ello la instruccion será mas cumplida. Cuando mas, se notarán en estos discursos alguna construccion poco exacta, algun término no muy propio, alguna irregularidad; y si se quiere, espresiones nada fuertes ó mal traidas, que se escapen al que habla, en el calor de la accion. Defectos son estos de que no se debe hacer caudal; y en ellos abundan los originales mas sobresalientes.

El orador que no manda á la memoria su discurso, se posee mejor del asunto; habla naturalmente y sin declamar; sus doctrinas guardan consecuencia; sus espresiones son bien sentidas y propias para mover; y el mismo calor que le anima, le presta palabras y figuras que no se le ocurririan en su gabinete. Lo que en tales circunstancias viene á la men-

te del que habla en público, se imprime mejor; tiene cierto aire de negligencia que agrada; y no descubre el artificio que se nota en casi todas las composiciones trabajadas con prolijidad. Ademas, en el caso que se supone, el orador proporciona sus palabras á la impresion que producen en sus oyentes segun lo que observa; y puede distinguir muy bien las que penetran hasta el alma, fijan la atencion del auditorio y le mueven, de las que no tienen igual eficacia. Repite lo que ya dijo, pero en otras frases, con otras imágenes, con nuevas comparaciones; ora se remonta á los principios fundamentales de su asunto, si lo cree conveniente; ora combate las pasiones que se oponen al resultado á que aspira. Asi se instruye y se persuade; lo demas apenas es otra cosa que declamar.

Figurémonos, por el contrario, un hombre que no se atreve á salir de la leccion que aprendió. Su estilo ha de ser muy compasado por precision; y como se dijo de Isócrates, su discurso será mejor para leido que para pronunciado. Las inflexiones de su voz habrán

de ser uniformes y un tanto forzadas. No es un hombre que está diciendo lo que le ocurre; es un orador que recita ó declama; su accion es poco suelta; sus ojos, demasiado parados, dan á conocer que la memoria trabaja, y que teme perder el hilo de su composicion. El oyente, en semejante caso, lejos de ser arrebatado por ella, dedícase á observar friamente su artificio.

En cuanto á los oradores eminentes de la antigüedad, especialmente Demóstones y Ciceron, no hay duda en que escribian sus discursos; pero es de creer que no los aprendian al pie de la letra, y que muchos de ellos solo se nos han conservado mediante el trabajo de los estenógrafos (1). Aun las oraciones de Demóstenes, tales como se hallan es-

(1) Asi se nos refiere del liberto Tiron, que recogia, por medio de notas ó cifras que despues se traducian á la escritura comun, los discursos del orador romano. Es de creer que estos trabajos fuesen corregidos por el mismo Ciceron; y de ahi esa lima, esa última mano que se descubre generalmente en sus oraciones. De la Miloniana se nos asegura positivamente que el gran orador la rehizo despues de haberla pronunciado.

critas, muestran mas bien lo sublime y vehemente de un gran talento acostumbrado á tratar con valentía los negocios públicos, que la esmerada exactitud de quien traza en su gabinete un discurso en todos sus pormenores. En cuanto á Ciceron, sus oraciones presentan algunos rasgos por necesidad imprevistos. El mismo exige en el orador mucha memoria; y habla de la memoria artificial como de una invencion útil; infiriéndose de su doctrina sobre el particular, que en su opinion no es preciso que aquel estudie sus discursos palabra por palabra; y que se limita á prescribir que ordene exactamente en la memoria todas las partes de la oracion, medite las figuras y frases mas notables que le convenga emplear, y deje lo demas á la improvisacion, segun lo que le inspiren las circunstancias y la presencia de los objetos. Por eso exige que el orador tenga mucha viveza y serenidad.

En el Diálogo tercero el arzobispo de Cambray aplica la doctrina que acabamos de esponer conformes con él, á los oradores sagrados, fundándose en las últimas palabras de

un testo de San Agustin que dejamos consignado á la página 17 de este libro; cuya opinion esfuerza reflexionando sobre las graves y contínuas ocupaciones que rodean generalmente á los eclesiásticos, con las cuales es incompatible hasta cierto punto el detenido trabajo que suponen los sermones compuestos con grande esmero y limados con rigor.

Hemos creido conveniente dar alguna latitud á esta última cuestion, atendido su privilegiado interés. Nuestro dictámen no difiere en el fondo del que emite el insigne prelado. Celebrariamos grandemente que los mas de los predicadores pudiesen acomodarse al método que Fenelon propone como preferible para el mejor efecto de los sermones. Pero creemos necesario prevenir en este particular: 1.° Que por ningun estilo se arroje á improvisar el que no cuente con las dotes naturales y la instruccion prévia que al efecto exige el sábio arzobispo francés: 2.° Que los que reunan todas estas cualidades, no se resuelvan á adoptar el método que se recomienda, antes de haberse ejercitado por mucho tiem-

po en las composiciones escritas y estudiadas, con un éxito ventajoso: 3.º Que aun los que estén, digámoslo así, debidamente emancipados de la sujecion al papel escrito, no descuiden en ningun evento la mas esmerada preparacion general, en los términos que respectivamente queda prescrita: 4.º Que en los asuntos difíciles y complicados, y cuando se trata de los que suelen llamarse sermones de empeño, la prudencia dicta á los que no tienen en sus propias fuerzas la confianza mas ilimitada, escribir por entero el discurso que han de pronunciar.

Estas restricciones apóyanse en la autoridad gravísima de nuestro Quintiliano, el cual, despues de haber demostrado cuán importante sea adquirir la facultad de improvisar, indica que esta debe reservarse para los casos precisos, no ejercerse por mero capricho: *neque ut ex tempore dicere malit*, *sed ut possit*, son sus espresiones. De ellas se hacia cargo un respetable maestro de oratoria forense, Mr. Delamalle; y afirmando que su larga esperiencia le habia hecho percibir su exactitud,

concluye asi el libro 5.° de sus acreditadas instituciones: «Este es un medio estremo que conviene adquirir como un recurso para ciertas situaciones, sin habituarse á emplearle indistintamente: acabará por usar mal de él, quien le use con frecuencia. Asi perdemos toda desconfianza en nosotros mismos, y al propio tiempo nos hacemos menos exijentes, tomando por facilidad el desaliño; y el continuo improvisar sin regla ni freno, es lo que las mas de las veces hace embarazosa la improvisacion».

CAPITULO 10.

Hemos ofrecido ocuparnos de lo relativo á la *declamacion* oratoria aplicada á los predicables. Con algunas reglas, pues, acerca de la misma vamos á concluir el presente libro. Lo que se llama declamacion, comprende la *pronunciacion* y *entonacion*, y el *lenguaje de accion*, bajo cuyo título se abraza la actitud de

la *fisonomía*, y la del resto del cuerpo que es propiamente el *gesto*.

Los antiguos dieron una importancia grandísima á la declamacion. Habiendo preguntado á Demóstenes cuál era la primera parte de la retórica, respondió que la *recitacion*, apellidando asi á la que nos ocupa; y repetida por segunda y tercera vez la pregunta, el eminente orador dió siempre la misma respuesta. No era estraño que de tal modo se espresase quien á tanta costa se habia perfeccionado en el arte de declamar, en términos que, segun el dicho de su rival Esquines, su inmortal oracion por la corona habia tenido doble mérito pronunciada por su autor del que se le reconoce al leerla; admirable como parece aun asi á cuantos en ella fijan la atencion. Tambien Tulio encarece notablemente la trascendencia de la declamacion oratoria, y dice que es una especie de elocuencia del cuerpo de un efecto singular.

En Grecia y en Roma se cultivó con especial esmero el arte de que se trata; y su efecto era mas decisivo que en las circunstan-

cias ordinarias, en los sitios públicos, en tan numerosas reuniones de hombres dispuestos á oir, tratar y resolver negocios que eran de interés comun á la vez que de interés particular. Hé aqui esplicada la causa de haber tenido la declamacion tanto resorte en aquellos antiguos pueblos; porque alli, en las arengas sobre las guerras y revueltas de la república, y sobre las acusaciones capitales, la vehemencia de la accion era, dice un escritor frances, á manera de un viento impetuoso que, soplando el fuego de la palabra sobre la apasionada multitud, la agitaba hasta producir incendios.

En el dia apenas se conserva por tradicion alguna de las muchas reglas que á aquellos oradores gobernaban en la materia que nos ocupa; quedándonos poco mas que una confusa idea de los muchos requisitos que exigian para considerar á uno medianamente adelantado en el arte de la declamacion.

La Iglesia, lejos de imitar estos estremos propios de oradores que todo lo fiaban á los recursos humanos, trató de hacer que prevaleciesen en los predicadores, sobre aquellas

entonaciones estudiadas con prolijo esmero y aquella accion exagerada, la actitud comedida y el grave decir de quien ve en cierto modo grabadas en el Cielo las máximas que á su auditorio ha de inculcar. Asi es que Fenelon, en su tercer Diálogo, nos asegura que los predicadores de los tiempos primitivos del cristianismo estaban muy distantes de imitar á los oradores profanos en la declamacion. «Es de creer, dice, que aquellos obispos, de edad muy avanzada, y que se veian abrumados por tantos trabajos, no usaban de mucha ceremonia para hablar al pueblo en medio de la misa solemne que ellos mismos celebraban todos los domingos. En estos tiempos un predicador no cumple bien á no salir del púlpito bañado en sudor, sin poder alentar y fatigado para el resto del dia. La casulla, que entonces no tenia sesgo hácia los hombros como ahora, y que pendia igualmente por todos lados en derredor, sin duda no les permitia manejar tanto los brazos como lo hacen nuestros predicadores. Asi que su accion era grave y mesurada».

Estas palabras del ilustre prelado deben ser tenidas en cuenta por los que creen que no hay una distancia notable entre la declamacion propia del púlpito, y la que se usa en el foro y en las asambleas políticas.

No es esto decir que en nuestro concepto deban los oradores evangélicos hallarse en el púlpito como autómatas; únicamente nos proponemos manifestar, y quisiéramos, con la autoridad de aquel pasage, persuadir á los que se dedican á predicar, que hay un medio entre la declamacion profana, mas libre y desenvuelta de lo que al púlpito conviene, y el renunciar absolutamente á todo estudio, á toda práctica del lenguaje esterior tan apreciado por los antiguos. No recomendaremos, por ejemplo, á los que aspiran al ministerio de la palabra santa, que lean y ejecuten lo que escribia el abate Dinonart en el tratado que tituló «de la elocuencia del cuerpo», libro no muy conocido, que encierra nociones minuciosas sobre la actitud del cuerpo y los gestos, comprendiendo lo relativo al movimiento de brazos y manos, de que resulta cierta lengua

pantomímica poco digna de un orador evangélico. Pero, sí, les haremos entender que los oradores clásicos de los tiempos recientes han debido en gran parte los asombrosos resultados de sus sermones á su eficaz y magestuosa declamacion.

La voz de Bossuet y su accion han sido altamente ponderadas en el elogio que de aquel insigne predicador se hizo ante la academia francesa, y que se halla en la coleccion de las memorias respectivas, publicadas en 1704. La accion de Bossuet fue, se nos dice, imponente y augusta. Su actitud era sencilla y sublime á la par. La nobleza, el magestuoso continente de este orador, y el aire de candorosa modestia que en su persona se notaba, prevenian de antemano en favor suyo. El tono de su voz, suave, flexible y sonora, sin dejar de ser grave, firme y varonil; sus movimientos producidos sin esfuerzo ni afectacion; todo, en una palabra, hablaba en Bossuet; todo en él era grande, animado, persuasivo: y al oirle, no sabia uno si admirar mas su vida ejemplar y su elocuencia, ó lo que decia, ó el

modo de decirlo. Se permitia pocos gestos, aunque estuviese muy animado; y en todas las facciones de su bello y venerable rostro se percibia la persuasion en que abundaba. Tambien era noble y dominante la accion de Bourdaloue. Tenia una voz llena é interesante; tenia toda la dignidad de un Profeta. Unicamente, preocupado siempre por la infelicidad de su memoria, le deslucia algo la costumbre de hablar con los ojos cerrados, para evitar toda distraccion, bien que sin evitar por eso el tener que recurrir con frecuencia á su cuaderno que colocaba á su lado; pero esta misma costumbre, en cuya razon se le retrata con los ojos cerrados, le proporcionaba una hermosa postura de cabeza, parecida á la de los que tienen la vista corta. Massillon cautivaba con su modo de decir. Aunque de pequeña estatura, su aspecto era digno. Se le ha comparado con San Ambrosio por su manera de declamar. Solia tener juntas las manos, y á veces las elevaba sobre la frente con un efecto maravilloso, haciendo con sus ojos de águila el mas interesante de sus gestos en una

mirada propiamente suya; gestos que no repetia con frecuencia. La voz de Massillon era muy agradable y sonora; sabia dirigirla al corazon: cuando la esforzaba, tenia algo de lúgubre y terrible; y por ello se dijo que salia bañada en llanto.

Es, pues, para los predicadores un objeto de particular estudio el arte de la declamacion; pero ¿se nos exigirá que nos detengamos ahora á consignar todas las reglas que pueden conducir á adquirirle? No es tal nuestro propósito; ni nos permitirian satisfacer esta exigencia los escasos límites á que debemos circunscribirnos. Abundan los libros de retórica, de los cuales pueden entresacarse los preceptos oportunos: muchos autores hay, decimos, que se han propuesto ilustrar esta materia, estrangeros y españoles; pero tal vez pocos son tan atendibles acerca de ella como el Sr. Jovellanos en el artículo que le dedica en su curso de humanidades. Asi que nos contentaremos con dictar algunas prevenciones de las mas interesantes en punto á la declamacion del púlpito.

El predicador que se revista del sublime carácter propio de su ministerio, habrá adelantado mucho para conducirse como cumple que lo haga desde tal sitio y con tal investidura. Un embajador de Dios debe presentarse con cierta soberanía; pero respirando á la vez modestia, caridad, dulzura; asi evitará dos escollos, el de abatirse mas de lo que es debido, y el de inspirar á su auditorio un sentimiento de despego y repulsion.

Es menester que en la voz del orador sagrado haya cierta flexibilidad, para que adopte el tono conveniente á los conceptos que en cada situacion espresa; y que la accion y el gesto le acompañen con naturalidad. A este principio se reducen las reglas dictadas por San Cárlos Borromeo en su instruccion á los predicadores, donde les encarga que usen de la voz y accionen con tal templanza, que no parezca que lo hacen con estudio, sino guiados por la naturaleza. Esta naturalidad en la accion se alcanza fácilmente cuando el predicador habla segun la abundancia del corazon, conforme á la frase comun; y sin duda

por ello decia San Agustin que son de poco efecto para mover los ánimos los sermones recitados por los que no los han compuesto.

Por lo demas, contrayéndonos á ciertos pormenores que hallamos aun en las retóricas eclesiásticas menos minuciosas en este punto, diremos que la voz del orador no ha de ser tan alta que hiera desagradablemente el oido; ni tan baja que no se le entienda bien; ni tan pausada que parezca que se escucha; ni tan precipitada que los oyentes no tengan lugar á hacerse cargo de lo que va diciendo; ni tan sonora como un canto; ni tan seca como la de un hombre que está enfadado. Algunos de estos estremos podrán tener lugar en los diferentes pasages del discurso. Al principio debe usar el predicador de una voz sumisa, ya para que no le falte luego el aliento, ya porque es natural en el que comienza á hablar ante un concurso numeroso, cierto rubor y encogimiento que cede en su recomendacion. Cuando exorte, levantará la voz, mas sin gritar: cuando instruya y diga cosas de especial importancia, ha de ir con mas pausa, para dar

mayor gravedad á lo que enuncia: y si reprende, ha de avivar la pronunciacion, mas sin confundir las palabras. Asi se evita la monotonía, y á la vez la disonancia ó diversidad de sonidos fuera de su lugar.

La accion, el movimiento del cuerpo y de los ojos, se arreglan en lo posible por el efecto de las voces, que por tales medios se animan en cierta manera. Pero cuídese de no ligar á cada palabra un gesto especial, como lo hacen los cómicos. El predicador no ha de recorrer el púlpito de un estremo al otro, ni echarse sobre su borde, ni bajarse ó suspenderse con una descompuesta inflexion y ereccion del cuerpo. No ha de abrir demasiado los brazos, ni alzarlos ó bajarlos con esceso y como violentamente. No ha de mover la cabeza con ligereza, ni fijar los ojos en la pared ó volverlos en demasía como los dementes. Mas no por eso han de estar quietos los ojos, antes bien deben girar modestamente sobre el auditorio: los ojos y la cabeza se levantan algun tanto al Cielo en las esclamaciones. Las manos se han de abrir, cerrar, alzar ó abatir

segun lo requieran los conceptos que se pronuncian; pero evitando todo estremo como se insinuaba poco há.

Es natural emplear con mas frecuencia la mano derecha; mas no por eso la izquierda ha de estar ociosa; y en las fuertes conmociones deben jugar ambas, con movimientos desembarazos como siempre. Los movimientos oblicuos, dice Blair, son en general los mas graciosos; pero ni estos ni los demas sean nunca súbitos y tales que indiquen volubilidad.

Nada mas sobre declamacion; con lo cual queda terminado tambien el presente trabajo. Si el Señor, en cuyo nombre le hemos emprendido y le damos fin, se digna hacer que sea de alguna, aunque pequeña utilidad para el fin á que le destinamos, nuestras tareas habrán alcanzado la mas apetecible y digna recompensa.

FIN.

ADVERTENCIA.

En este libro se suponen adquiridas las nociones generales de retórica: pues su objeto es aplicarlas à la predicacion. Los que deseen proporcionarse un tratado elemental sobre aquel ramo de las Bellas-Letras, escrito con arreglo á las mejores teorías, y á la vez compendioso y económico, nada hallarán preferible á los principios de RETORICA de D. Francisco SANCHEZ. La edicion de esta obrita dispuesta en 1841 por C. F. P., con reformas en lo relativo á nuestra historia literaria y á otros puntos, la ha mejorado notablemente, á juicio de personas entendidas é imparciales.

El editor de EL PULPITO ESPAÑOL está encargado de espender la RETORICA de SANCHEZ asi refundida y mejorada; y satisfará puntualmente cuantos pedidos se le dirijan por los señores corresponsales ó en carta franca.—Precio; *cuatro* reales en Madrid: *cinco* en las provincias franco el porte.

CORRECCIONES.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
19	16	los	algunos
Id.	18	generalmente	grandemente
24	18	causa	cansa
53	penúltima	acomódose	acomódase
59	5	oyéron	oyeran
85	10	ocuparlos	ocuparle
96	3	entendidas	entendida
100	21	la mayor	la mayor parte
111	1 y 2	por	con
125	6	orador	órden
135	penúltima	considerándole	considerándola

—Pág. 111 lín. 21, lo cual etc., el miembro final de esta claúsula debe estar entre paréntesis.

ÍNDICE.

Pág.

CAPITULO I.—*Idea de la elocuencia sagrada*. 1
CAP. II.—*Principales deberes del predicador*. 13
CAP. III.—*Cualidades del predicador. Estudio de la Escritura*. 29
CAP. IV.—*Mas sobre el estudio de la Escritura*. 46
CAP. V.—*Estudio de los Padres*. . , . 60
CAP. VI.—*Otros estudios del predicador*. 69
CAP. VII.—*Composicion de los predicables en general*. . . . , ... 76
CAP. VIII.—*Composicion de los predicables en particular*. 112
CAP. IX.—*Varias cuestiones de oratoria sagrada*. . . . . , . , ... 138
CAP. X.—*Pronunciacion ó declamacion*. 154

BV
4217

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 168 930 6